
Ataudes blancos
OBERON
KAREL STERLING
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO



KAREL STERLING

ATAÚDES BLANCOS DE OBERÓN

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

PRINTED IN SPAIN
Depósito Legal. V. 958 - 1959
EDITORIAL VALENCIANA.—VALENCIA

ATAÚDES BLANCOS DE OBERÓN

PERSONAJES PRINCIPALES

Lars Clevely: Joven piloto de la astronave «Space.»
Hunt Bliven: Segundo piloto.
Olaf Brawsky: Reputado geólogo.
Sergio Arias: Escritor español de renombre mundial.
Jill Galantiére: Doctora en medicina.
Kam-Vyzar: Sátrapa de Urano.
Ragún: Sátrapa de Oberón, satélite del anterior planeta.
Ira-Sun: Princesa de Urano y prometida de Kam-Vyzar.



CAPITULO PRIMERO

Lars Clevely encendió su segundo cigarro en el preciso momento que ella entraba por la puerta giratoria del «Ambassy.» Al verla no le cupo la menor duda de que se trataba de Jill Galantiére. La joven correspondía a la descripción que le hiciera S. Owerman, pero más que por el examen de sus detalles personales, Lars lo adivinó por

intuición, por un algo extraño e invisible que parecía adornarla sin que fuera posible precisarlo.

Alta, esbelta y de perfiles tan armoniosos que ningún modisto del mundo habría sido capaz de suavizarlos, Jill Galantiére poseía además la difícil distinción que caracteriza a la mujer francesa. Y bella lo era sin duda, de una belleza perfectamente natural, pero que, no obstante, nada tenía de común. Su rostro era solo de ella, como igualmente el oro espléndido de sus cabellos. Ningún artificio hubiera podido favorecerla con aquellos sus ojos de un moreno leonado.

—¡Eres tú, entonces, Jill Galantiére!—pensó Lars viéndola aproximarse con cimbreante andar.

Jill pasó por entre las mesas, ajena a las miradas admirativas que indisimuladamente le eran dirigidas, y se detuvo frente a la que ocupaba Lars Clevely.

—¿Lars Clevely?—inquirió ligeramente sonriente. Su inglés revistió un leve matiz extranjerizado.

Lars se levantó tendiéndole la mano.

—En efecto—repuso—. Y usted es la señorita Galantiére. Verdaderamente me felicito de conocerla. Owerman me habló de usted. Pero siéntese, por favor.

Jill se sentó en la butaca que le ofreciera Lars y lentamente se dispuso a quitarse los guantes.

—Creo que usted y yo hemos sido los últimos en conocernos—dijo la joven—. Sinceramente tenía curiosidad por saber cómo era el hombre que tenía que pilotar la astronave.

—¿La he decepcionado?—preguntó Lars fijando su mirada en los dorados ojos de ella.

—No puedo saberlo aún. Falta que demuestre todo lo que se ha dicho de usted.

Lars sonrió divertido ante la actitud defensiva de la joven.

—Yo soy más optimista—declaró jovial—. Estoy seguro de que es usted el ideal soñado para una aventura interplanetaria. Joven, bonita, de perfecta constitución física, y con un brillante historial en su carrera. ¿Resta añadir algo más?

Jill fue a contestar pero la aparición de un camarero se lo impidió. Tras encargar las respectivas consumiciones, Lars le ofreció un cigarrillo.

—Raro capricho el de Owerman—dijo él—. Podía habernos presentado a los cinco futuros tripulantes de la «Space» en una sola reunión, en lugar de concertar encuentros que siempre son embarazosos para personas que todavía no se conocen. ¿No lo cree así, señorita Galantiére?

—Llámeme Jill—dijo ella aireando el humo de su cigarrillo con indolente ademán—. Con respecto a su opinión le diré que Owerman

obra acertadamente. Se conocen mejor dos personas dialogando mutuamente durante media hora que entremezcladas en un grupo a lo largo de un día entero. Psicológicamente da mejores resultados, se logra una compenetración más profunda y duradera. Usted quizá no lo comprenda.

—Pongámonos en el caso de usted y yo—replicó Lars—. Veamos lo que, en realidad, está sucediendo. Una conversación fría, superficial, puramente protocolaria, unas cuantas frases galantes y una barrera de indiferencia que se ajusta a los prejuicios sociales. Dentro de media hora cada uno de nosotros se irá por un lado experimentando la desagradable sensación de haber olvidado decir lo más importante. Y cuando nos veamos pasado mañana a bordo de la astronave «Space» todos esperaremos que hable otro primero para contestarle con un cortés monosílabo o con el inevitable tópico.

Sirvió el camarero las consumiciones haciendo que se estableciera una corta pausa entre ambos. Al tiempo que se llevaba Jill la copa a los labios, su mirada se posó detenidamente en la varonil fisonomía de Lars Clevely. Lo contempló de hito en hito, prescindiendo de todo y grabando en su memoria cada uno de sus rasgos. Lars era un buen ejemplar entre los de su sexo, de pelo y cejas morenos, piel atezada y un par de ojos intensamente azules. Aún sentado como estaba, con la americana desabrochada y oculto a medias su cuerpo por la mesa, no hacía falta ser un buen observador para darse cuenta de su atlética complexión. Si el resultado del examen fue del agrado de Jill era cosa que ella solo sabía... y que Lars se permitió adivinar.

—No todos usan de la indiferencia para comenzar una amistad —declaró Jill volviendo al punto anterior—. Olaf Brawsky intentó besarme. Y Sergio Arias estuvo a punto de declarárseme. Fue Hunt Bliven quien más comedido se mostró, y a pesar de ello insistió en volver a verme para ir juntos a una sala de fiestas.

Lars reveló cierta sorpresa. Una luz irónica brilló en sus azules ojos.

—Cierto que se dieron prisa—dijo—. Por lo tanto me toca recuperar el tiempo perdido. ¿Y puedo preguntarle qué conclusiones sacó acerca de nuestros futuros compañeros?

—Buenos chicos todos—repuso Jill insinuando una sonrisa—. Fue relativamente fácil volverlos al orden. Lo que yo quería explicarle es que psicológicamente sobran las frases protocolarias y los cumplidos. Hablemos de cosas triviales, expongámonos nuestros gustos y predilecciones. Por ejemplo, dígame, Lars, ¿a quién echará usted de menos cuando lleguemos a la Luna?

—A nadie, porque usted estará conmigo.

Jill compuso un mohín de reproche.

—Quedamos en que sobraban los cumplidos —dijo

desprendiéndose por vez primera de su severa actitud inicial.

—También quedamos en que yo tenía que recuperar el tiempo perdido—contestó Lars—. No intentaré besarla, invitarla al cine o declararme, pero puedo decirla que es usted la mujer más maravillosa que he conocido. Y que transmitiré a Owerman mis felicitaciones por su elección. Palabra de honor que no me desagradaría tener una pequeña enfermedad con tal de que usted me asista. De ahora en adelante, mi doctor será siempre Jill Galantiére...

—¡Bueno, bueno!—interrumpió ella jovialmente—. No se aprenda la lección tan de prisa. Solo queda un cuarto de hora para hablar de otras cosas.

Lars apuró de un trago su copa. Luego se limpió los labios con una servilleta de papel.

—Usted tuvo la culpa—dijo acusador—; además, ¿por qué tanta prisa?

—Ordenes de Owerman; usted lo sabe.

Lars suspiró.

—Desde hace un mes se ha convertido en mi pesadilla. No más de tres cigarrillos al día, nada de alcohol, dormir diez horas de un tirón, suprimidas las grasas en la comida, ir siempre en taxis... ¡Y Dios sabe cuánto tiempo seguiremos con lo mismo! Halaga pensar que uno ha sido escogido entre millones de hombres, pero es un fastidio de todos modos. Me va a parecer mentira verme de nuevo en la Tierra sin más preocupaciones por delante.

—Luego usted confía en que volveremos —apuntó Jill con cierto matiz burlón en sus palabras.

Lars la miró a través del humo de su cigarrillo.

—Jamás, en mi vida, he pensado que podría ocurrirme lo peor—contestó—. Cuando he apostado a una carta, cuando me he presentado a unos exámenes, e incluso cuando me he declarado a una chica, siempre he ido sobre seguro; siempre acerté el número.

—¿Nunca ha fracasado en nada?

Lars meneó la cabeza negativamente.

—Nunca.

—A eso se le suele llamar suerte—declaró Jill sonriendo.

El joven volvió a mover la cabeza.

—Mi padre me aconsejaba a menudo que nunca cogiera la fruta hasta que no estuviera bien madura. «Arréglatelas para no tenerla que arrancar a la fuerza ni recogerla del suelo», era su frase favorita. En eso ha consistido mi suerte.

—¿Y usted cree que el viaje a la Luna está bien maduro?

—Sí.

—Su opinión es un alivio para mí. Yo simplemente soy una doctora en medicina que no entiende una palabra de asuntos

interplanetarios. Cuando acepté el encargo de Owerman lo hice renunciando de antemano al resto de existencia que me quedaba. En un plato de la balanza puse veinticinco o treinta años de vida; en el otro, la gloria de ser la primera mujer que tripularía una astronave. El fiel se inclinó del último platillo. Algo parecido a lo que hizo Sergio Arias.

—Arias está chiflado—calificó Lars aplastando distraídamente la colilla en el cenicero—; el escritor de moda, el niño mimado por las mujeres, el multimillonario que se encapricha de un automóvil diario, no puede estar bien de la cabeza cuando lo tira todo por la borda a cambio de ver un paisaje lunar.

—No olvide que Arias es español y que ésta es la ocasión única para un escritor.

—Es curioso que siempre haya un español metido en todos los descubrimientos geográficos, teniendo en cuenta que el carácter hispano no es precisamente errante. Habría que estudiar a fondo esa peculiaridad.

—Tendrá ocasión de hacerlo dentro de cuarenta y ocho horas—replicó Jill consultando su reloj—. Ha concluido el plazo de nuestra entrevista. No... no intente acompañarme. Ordenes de Owerman, ya lo sabe.

—¡Siempre Owerman! — fingió protestar Lars—. Bueno Jill, he tenido un verdadero placer en conocerla. ¿Hasta cuándo?

—Hasta la próxima vez... a bordo de la astronave—contestó ella poniéndose en pie—. Adiós, Lars.

Lars admiró los cadenciosos movimientos de la joven al alejarse de la mesa. «Una chica valiente», se dijo, añadiendo para sus adentros: «y hermosa de verdad».

Cinco minutos más tarde abandonó el «Ambassy» para dirigirse a su apartamiento de Piccadilly.

* * *

Lars Clevely se despertó sobresaltado a medianoche. Fue como, si de repente, le hubieran arrebatado la inconsciencia trasladándole a un estado de vigilia absoluta. Sus cinco sentidos comenzaron a actuar simultáneamente sin el más leve asomo de somnolencia.

Era extraño, pensó intrigado. A través de la abierta ventana del dormitorio solo llegaba el silencio de la calle. Ningún ruido, ningún rumor de brisa o pisadas...

Y, sin embargo, algo le había despertado de forma fulminante. Por un instante decidió encender la luz, pero abandonó la idea considerándola inútil.

Paulatinamente, su perplejidad fue transformándose en una

sensación muy distinta, en algo que hubiera calificado de miedo a no ser porque jamás lo experimentó. No podía precisar de qué le venía aquella sensación; era una cosa inexplicable, fuera de todo lo racional; como si presintiera que un ente invisible y aterrador había penetrado en la habitación. Incluso le parecía olfatearlo...

Se incorporó en el lecho. El crujido de los muelles hirió sus oídos como una trompetería infernal. Comenzó a sentir sus sienes bañadas por un sudor frío.

Incapaz de resistir por un minuto más la angustiosa opresión mental, alargó la mano derecha y encendió la luz.

Aparentemente todo estaba en orden; la puerta cerrada, la ventana entreabierta, su ropa alineada sobre dos sillas al nivel de la cama.

Pero la sensación persistía, y con más intensidad, si cabe, que antes de encender la luz. Inesperadamente le asaltó la sospecha de que alguien o algo había detrás de los pies de la cama, bajo el nivel de la baranda.

Púsose en pie y miró rápidamente al sitio que le señalaba su recelo. Brotó de su garganta una exclamación de horror, al tiempo que sus facciones se crispaban violentamente.

¡Allí, detrás mismo de la cama, se hallaba un féretro blanco de regulares dimensiones y cuya tapa aparecía con profusión de inscripciones indescifrables!

Pasado el primer momento de estupor, los pensamientos se agolparon en la mente de Lars buscando una explicación lógica al macabro descubrimiento.

En su idas y venidas por la habitación, mientras se vestía nerviosamente, Lars no pudo conseguir apartar su mirada del ataúd. Era indudable que «aquello» fue la causa de su despertar sobresaltado. Alguien lo había introducido en el aposento con algún fin inexplicable. Pero, ¿cómo? Esa era la pregunta que más le atormentaba. La puerta estaba cerrada con el pestillo interior, y la habitación no tenía otro acceso posible. Era necesario descartar la posibilidad de que hubieran entrado por la ventana ya que no existía escalera de incendios en aquel lado ni había tampoco alféizar sustentador.

Pero, sea como fuere, el féretro se hallaba allí, inquietante y revelador de que todavía, en pleno siglo veinte, existían cosas aparentemente sobrenaturales.

Vestido ya, Lars fue a tocar el timbre para llamar a su patrona y mostrarle el hallazgo.

A mitad de su acción se detuvo. No se lo impidió ningún cambio de idea sino la pura imposibilidad física. Su brazo quedó paralizado un instante y luego cayó a plomo como privado de fuerza propia. Una

orden dictada por el subconsciente que anuló totalmente su voluntad.

Un escalofrío de terror recorrió su espina dorsal al percatarse de que realmente estaba prisionero entre las cuatro paredes de la habitación. Prisionero de sí mismo o de una voluntad más poderosa que la suya que emanaba incomprensiblemente del ataúd.

Avanzó dos ó tres pasos hasta situarse junto al blanco objeto. No podía decirse que fuera precisamente un féretro puesto que sus formas no encajaban en la línea clásica; pero tampoco era posible precisar otro fin adecuado en aquel objeto. A simple vista daba la sensación de estar fabricado con una substancia plástica, en lugar de la madera habitual y corriente.

Guiado por un impulso repentino, Lars trató de empujarlo para averiguar si estaba vacío o no. Vano intento. La caja no cedió una sola pulgada.

Lars se secó el sudor de la frente con un pañuelo. No sabía cómo obrar para dominar su pánico. Haciendo acopio de todas sus fuerzas dio media vuelta y se dirigió a su mesita de noche para llamar por medio del timbre.

Su diestra se estrelló contra una barrera invisible. Furioso consigo mismo, Lars alargó la mano izquierda con idéntico resultado. Una distancia de palmo y medio le separaba del timbre, pero prácticamente era como si éste se hallara a mil millas. Desesperado por su impotencia alzó los dos puños e intentó golpear el impalpable obstáculo. Sus brazos volvieron a quedar paralizados.

De pronto sintió en la nuca la inequívoca impresión de que estaba siendo vigilado por alguien. Bajó los brazos y se giró lentamente.

Los ojos estuvieron a punto de desorbitársele al contemplar la variación de la escena.

El ataúd se había entreabierto tres o cuatro pulgadas y entre la rendija descansaba, asida al borde inferior de la caja, la mano de un esqueleto. Los huesos que componían los dedos estaban recubiertos únicamente por una semitransparente piel amarillenta.

Petrificado por el espanto, Lars vio como la tapa se levantaba con movimiento casi imperceptible; y la espectral mano comenzó a deslizarse hacia el exterior...

CAPITULO II

Sergio Arias se despertó, encendió la luz y miró su reloj de pulsera. Malhumorado, comprobó que eran las cuatro y media de la madrugada. Su ausencia de sueño era tal que estaba seguro de no poderse volver a dormir.

Entrelazando sus manos por debajo de la cabeza se puso a reflexionar sobre el súbito cambio que experimentara su existencia en el corto transcurso de unas semanas. Todo comenzó cuando se hizo público el llamamiento de S. Owerman para reclutar cinco personas capaces física e intelectualmente para emprender el primer viaje de la Tierra a la Luna.

S. Owerman, director del Planetario de Londres y designado jefe de la «Operación Space» por el gobierno británico, se guió de una imparcialidad absoluta para la elección del personal. La tripulación de la astronave constaría de cinco individuos: dos pilotos especializados respectivamente en ingeniería de cohetes y comunicaciones interespaciales, un médico cirujano, un geólogo astrónomo y un fotógrafo periodista. La tarea del equipo seleccionador fue ímproba y agotadora. Entre los miles y miles de voluntarios que se ofrecieron, un ínfimo porcentaje de aptos fue escogido. Y de entre los aptos se eligió a los superdotados, a aquellos que, reuniendo todas las condiciones exigidas, soportaron mejor las durísimas pruebas a que fueron sometidos. Fue una auténtica olimpiada mental y muscular. Bien podían enorgullecerse los cinco triunfadores de representar a la raza humana fuera de los límites terrestres.

Arias se sentía satisfecho por muchas cosas. Su futura labor iba a ser la más sencilla de todas, la de menos responsabilidad y la más lúcida si se presentaba la problemática ocasión de retomar. En el caso contrario, sus reportajes quedarían para siempre perdidos en el infinito. Pero Arias tenía los nervios lo suficientemente bien templados y el temperamento lo bastante optimista para pensar en lo peor.

Dando media vuelta en la cama se encaró con el espejo que cubría la pared lateral. Y entonces fue cuando vio aquella cosa blanca que sobresalía de los pies de la cama.

Su extrañeza le hizo levantarse y examinar el objeto. Se rascó la cabeza pensativo. Un ataúd blanco en su habitación del hotel no era

un hecho corriente. Si cuando se acostó no estaba allí, de ello se hallaba completamente seguro, es que alguien se había tomado la libertad de entrar para gastarle una broma de pésimo gusto.

Y esto Arias no estaba dispuesto a tolerarlo de ningún modo. Se puso las zapatillas, se anudó el batín y se dirigió a la puerta. Su perplejidad aumentó al comprobar que continuaba cerrada por dentro. Se asomó a la ventana y oteó el exterior. Era imposible que los bromistas hubieran entrado por allí.

Encendió un cigarrillo. Durante unos minutos reflexionó sobre lo que debería hacer. Finalmente arrojó la colilla al suelo y regresó junto al féretro. Intentó abrirlo sin resultado alguno; lo mismo consiguió al probar a desplazarlo de su sitio. Volvió a rascarse la cabeza. En sus varoniles y bien formadas facciones se acentuó la expresión de asombro.

Decidido a presentar personalmente su queja a la oficina de reclamaciones, Arias se vistió. Acabándose de peinar sintió un ruido a sus espaldas. Se giró rápidamente, a tiempo de ver cómo la tapa del féretro se cerraba de golpe.

Comenzó a ponerse nervioso. Llevado por una ofuscada determinación descolgó el auricular del teléfono.

—Haga el favor de decirle al policía del hotel que suba inmediatamente a la habitación 513 —ordenó a la encargada de la central.

La telefonista cursó la orden a Charlton Hess, detective de guardia aquella noche en el «Essenden Hotel.»

Medio adormilado, Hess se tanteó instintivamente el bolsillo para comprobar que llevaba el arma y se dirigió al ascensor. A lo largo de sus diez años de servicio en el establecimiento era la primera vez que le requerían con semejante urgencia a una hora semejante. Hasta entonces, su trabajo simplemente había consistido en acompañar a algún borracho ocasional a su habitación o a intervenir en sustracciones de mediana importancia.

Al llegar a la habitación número 513 pulsó levemente el llamador. Nadie contestó a la llamada. Repitió nuevamente y solo el silencio fue la respuesta.

Intentó abrir. La puerta estaba cerrada por dentro. Charlton Hess se asomó al final del pasillo y llamó a los dos ordenanzas del piso.

—Tomen impulso a la misma vez que yo—les instó con un gesto significativo—. ¡Adelante!

La puerta cedió bajo el formidable empellón de los tres hombres. Charlton penetró primero, revólver en mano. Su estupefacción no tuvo límites al ver que el aposento estaba vacío y en completo orden.

—¡Es imposible!—exclamó tanteando la cama—. Las sábanas están todavía calientes y nadie ha podido salir de aquí con la puerta

cerrada. Regístrenlo todo.

El detenido examen aumentó la confusión. Ningún rastro de violencia señalaba los posibles indicios de lo sucedido. Y, sin embargo, era evidente que el huésped se había levantado recientemente a juzgar por lo húmedo del peine y las gotas de agua en el espejo y bordes del lavabo.

Temiendo un suicidio, Charlton acudió a la ventana. A una distancia de setenta y cinco yardas, la calle no presentaba ningún bulto delator. Abajo, el portero del hotel conversaba tranquilamente con el vigilante, signo evidente de que nada había perturbado la paz de la noche.

—¡ Pues tiene que estar aquí ¡—decretó Charlton resueltamente —. Vuelva a abrir el armario, Dombell.

La nueva búsqueda resultó tan infructuosa como la anterior. Sergio Arias, el célebre escritor español, habíase materialmente esfumado.

Un cuarto de hora más tarde le llegaba la noticia a Selwyn Baker, superintendente general de Scotland Yard. Y éste la anotó en una cuartilla en la que ya figuraban tres nombres más.

—Jill Galantiére a las doce menos cuarto —dijo con acento preocupado al comisario Russell—, Olaf Brawsky a la una y diez, Hunt Bliven a las dos y media y Sergio Arias a las cinco menos cuarto. Cuatro desapariciones en cinco horas, todas en idénticas condiciones y relacionadas con el viaje interplanetario de Owerman... Escuche, Russell, dé órdenes inmediatas para que una patrulla acuda al departamento en que se aloja Lars Clevely y se traiga a éste para acá. Evitemos la quinta desaparición.

El comisario Russell se levantó parsimoniosamente. En su amplia faz se reflejaba la desconfianza.

—Sería buena cosa que llegáramos a tiempo —dijo—. Lo procuraremos de todos modos.

* * *

Horrorizado, con la mirada clavada en el ataúd, Lars Clevely contempló cómo iba abriéndose poco a poco, mostrando su horripilante interior.

En un lapso de tiempo que a Lars se le antojó interminable, la tapa del féretro se alzó hasta quedar en ángulo recto. Después se irguió lentamente la esquelética figura que había dentro. Cartílagos y huesos recubiertos por una débil sustancia apergaminada le daban un aspecto semihumano. En el alargado y extraño cráneo, al fondo de dos vacías cuencas, brillaba una luz fosforescente de tonalidades rojas. Sus extremidades, piernas y brazos, poseían tantas

articulaciones como un reptil por lo que sus movimientos eran extraordinariamente sinuosos y serpenteantes.

No era un ser humano o bestia conocida; era algo propio de una pesadilla, la representación materializada de una alucinación. Su presencia, aún real, luchaba por abrirse paso entre las tinieblas de la mente de Lars Clevely.

La pavorosa figura salió totalmente de su encierro deteniéndose frente por frente a Lars. Era de su misma estatura aunque su extrema delgadez le prestaba una mayor apariencia. Las luces fosforescentes que ocupaban el lugar de los ojos adquirieron repentinamente un fulgor inusitado.

Lars retrocedió espantado. Al tropezar su espalda contra la barandilla trasera de la cama estuvo a punto de soltar un grito. De súbito sintió que una orden interior le obligaba a dirigir su vista al ataúd. De un doble fondo del mismo había salido una rarísima maquinaria compuesta de engranajes casi transparentes que ahora comenzaban a moverse silenciosamente. El tamaño del artefacto no era mayor que la más grande de las calculadoras portátiles. Y su peso daba la sensación de ser escaso ateniéndose a la aparente fragilidad del material con que estaba constituido.

Como hipnotizado, Lars dejó de prestar su atención a aquel visitante de ultratumba para concentrarla en el asombroso mecanismo. De una manera casi inconsciente sabía que no era la curiosidad lo que le impulsaba a ello, sino una atracción magnética ejercedora de un poder que anulaba su voluntad.

Se apoderó de él un profundo malestar físico. Su mano izquierda acusó un fuerte calambre, inmediatamente, la misma sensación se trasladó a ambos hombros. Fue como si le estuvieran despellejando vivo. Fue tal el dolor que tuvo que mirarse para ver qué le había ocurrido en los brazos. Nunca lo hubiera hecho. Creyó que la angustia le mataba al comprobar que carecía de las dos extremidades superiores. Habían desaparecido devoradas por el misterioso fluido originado por la máquina.

Los calambres y punzadas se alteraron rápidamente yendo a distribuirse por todo su cuerpo. A punto de perder el conocimiento, incapaz de resistir un segundo más el indescriptible suplicio, Lars se giró hacia el espejo.

¡Solamente su cabeza flotaba en el aire como un grotesco globo pintarrajeado!

La monstruosa figura salida del féretro continuaba inmóvil y erguida, asistiendo al horrendo espectáculo que se estaba desarrollando en aquella habitación.

Una última sensación dolorosa y del espejo se borró la imagen del cráneo de Lars. Se había esfumado totalmente, desintegrado en la

completa acepción de la palabra.

Pero Lars Clevely se sentía allí, libré ahora de los calambres, dominado solamente por el terror. Sabíase invisible, privado de su envoltura corpórea, y no obstante, su espíritu se hallaba latente, despiertos sus cinco sentidos, oyendo y viendo todo lo que había a su alrededor.

El fantasmal ser abandonó la inmovilidad. Tendiendo lo que deberían ser sus brazos hacia adelante, ciñó a Lars por la cintura. En aquel instante, lo que quedaba de Lars, bien fuera su alma, espíritu o mente, perdió el poder de raciocinio y quedó sumido en un completo desvanecimiento.

El monstruo volvió a su ataúd, cerróse en él silenciosamente y un par de minutos más tarde el aposento no registraba ninguna señal de lo acontecido.

Sobre las losas del suelo, el féretro había ido difuminándose, perdiendo su color blanquecino, hasta que al final desapareció.

Cuando llegó el comisario Russell al frente de la patrulla compuesta por cinco detectives no tuvo sino que echar una ojeada para comprender que Owerman había perdido al último de los futuros tripulantes de la astronave «Space.»

CAPITULO III

Acaso sabemos dónde estamos, y si estamos vivos o muertos ?—preguntó Olaf Brawsky deteniéndose en su agitado pasear delante de sus cuatro compañeros—. ¿Acaso sabemos qué significa esto?

Y Olaf dio un salto que le elevó a cinco yardas de altura para caer con un retardo asombroso.

—Quizá hayamos llegado ya a la Luna—sugirió Jill Galantiére sin poder disimular una expresión de regocijo ante el enfado del geólogo polaco—. Pero aquí hay aire que respirar y luz artificial. ¿Se da cuenta, profesor?

—¡Me doy cuenta de que estoy haciendo el ridículo con este maldito pijama que en mala hora me lo puse!—contestó Brawsky—. Al menos ustedes vinieron vestidos como personas.

—Nos trajeron, mi querido Olaf—dijo Sergio Arias—. Por mi gusto estaría todavía en Piccadilly.

Hunt Bliven, el segundo piloto de la astronave y técnico de comunicaciones, dio un bostezo fenomenal y señaló al cuerpo inerte de Lars Clevely.

—Ya parece que se mueve—dijo—. ¿A quién le tocará explicárselo cuando se despierte?

—Usted fue la primera en venir, Jill—apuntó Brawsky acariciándose el bien cuidado bigotillo negro que surcaba su atractivo rostro moreno—. Cuéntele su teoría de la transmisión atómica.

—¿Se burla, Brawsky?

—¡Oh, no! Me limito simplemente a...

—¡Chist, Lars se ha despertado!—avisó Arias levantándose del suelo para acudir junto a Clevely que en aquel instante trataba de incorporarse.

El asombro de Lars no fue para descrito al ver el cuarteto que le rodeaba.

—¿Dónde... dónde estoy?—balbuceó con voz casi inaudible.

—Eso quisiéramos saber, amigo—replicó el español—. Tenga cuidado, no se mueva demasiado de prisa porque aquí pesa usted mucho menos.

—¿Qué tal, Lars?—inquirió Jill sonriente—. ¿Se pasó bien en el

viaje?

Repentinamente se acordó Lars del féretro blanco y de su increíble odisea. Preso de la mayor ansiedad se tanteó las piernas y los brazos para percatarse de su materialidad.

—Cierto que estoy entero...—su mirada recorrió los rostros de los congregados—. ¿Ustedes también pasaron por lo mismo?

—Transmisión atómica—contestó Brawsky burlón—. Explíqueselo, Jill.

La joven se recogió el cabello hacia atrás y se encaró con Lars sin hacer caso del irónico acento del polaco. Con breves frases compuso un relato de lo que a todos les había sucedido.

—Yo pienso lo siguiente—dijo para concluir—: las ondas eléctricas constituyen una de las formas de la energía; está demostrado que la materia y la energía son una misma cosa. Si pueden trasmitirse a larga distancia las imágenes, que al fin y al cabo son una descomposición de la materia, ¿por qué no puede ocurrir lo mismo con esta última? ¿Qué hay de imposible en que nuestros cuerpos hayan sido descompuestos en impulsos eléctricos y reajustados por medio de un equipo receptor?

Lars abrió los ojos atónito.

—¿Quiere usted insinuar que hemos sido retransmitidos a larga distancia?—preguntó.

—Al planeta Marte, por ejemplo—intervino Brawsky siempre mordaz.

—¡Tonterías!—exclamó Arias—. No hay más que usar el sentido común para saber lo que nos está pasando. Esto no es ni más ni menos que la última etapa de aclimatación para nuestro viaje a la Luna. Es indudable que nos hallamos en una cámara compensadora de gravedades sometida al mismo grado de atracción que reina en nuestro satélite. Owerman, siempre en funciones de sicólogo, ha preferido pifiamos desprevenidos para acusar mejor las reacciones de cada uno. Apostaría a que no se pierde una sola de las palabras que estamos hablando aquí.

—Creo que Arias tiene razón—dijo Bliven—. Lo único que espero es que no nos maten de hambre, que se acuerden de nosotros de vez en cuando.

—Sin embargo, eso de los ataúdes...—murmuró Lars no muy convencido.

—Hipnotismo—afirmó Bliven—. Era necesario rodear la cosa de misterio para darle aspecto de sobrenatural. Si uno de nosotros se hubiera desmayado de pánico al ver salir del ataúd aquel monigote pintado de esqueleto habría sido inmediatamente descalificado. Owerman ya nos lo dijo: «Sobre todo tener siempre los nervios bien templados, ocurra lo que ocurra.»

—¡Buen susto nos dio!—suspiró Jill con tono de alivio—. Yo no pensé desmayarme sino morirme de miedo.

—Pues apréndase la lección, Jill—advirtió Brawsky algo más calmado—. En la Luna podemos tropezamos con tipos más horribles todavía.

A todo esto, Lars Clevely se había incorporado definitivamente y ensayaba posturas y saltos inverosímiles. En una de las ocasiones le falló el impulso y fue a caer sobre la cabeza de Sergio Arias. Ambos rodaron violentamente hasta uno de los ángulos de la vastísima sala. Un coro de carcajadas acogió a la cómica escena.

Arias y Lars regresaron sonrientes junto al grupo. Ninguno de los dos había sufrido el menor daño.

—Esto tendría buenas aplicaciones en otros sitios—dijo el español—. Imagínense el éxito de un combate de boxeo en un ring con estas condiciones. O también hacerlo con un «ballet» clásico.

—Le diremos a Owerman que, como premio a nuestra empresa, si sale bien, nos facilite la exclusiva para explotarlo como negocio. ¿Qué les parece la idea?

Nadie tuvo ocasión de contestar a la pregunta de Jill Galantiére. En aquella amplia sala cuadrada en que se hallaban se produjo un extraño cambio de luz. Los candelabros que ardían adosados a las paredes transformaron la tonalidad de su iluminación, de un anaranjado pálido a un violeta fuerte.

El silencio se hizo expectante. Todos presentían que aquel fenómeno era el preludio o aviso de algo que iba a suceder. Y no se equivocaron.

Simultaneando con un ruido apagado y sibilante, una de las paredes comenzó a levantarse, enrollándose sobre si misma a modo de persiana. Quedó al descubierto una negra cortina que se movía a impulsos del aire exterior.

Los congregados se miraron interrogativamente sin atreverse a hacer comentarios.

De repente, la cortina se abrió por un lado para dejar pasar una especie de camilla rodante que avanzó sola hasta el grupo.

—Nunca pensé que Owerman fuera tan teatral—dijo Lars rompiendo el silencio—. ¿Qué nuevo golpe prepara ahora?

—¡Miren!—exclamó Brawsky—. ¡Son escafandras climáticas! Nos han enviado cinco, una para cada uno.

Efectivamente, sobre el palanquín o camilla veíanse cuidadosamente alineados cinco yelmos transparentes conectados por un fino tubo plástico a un pequeño depósito de forma aplastada.

—No pesa nada—observó Arias tomando uno de ellos para examinarlo—. Parece como si fuera de papel celofán.

—Aquí hay unas instrucciones gráficas—dijo Lars cociendo una

diminuta cartulina—. Vamos a ver si las entendemos.

—¿Qué explica?—preguntó Jill sumamente interesada.

—Lo que se dice explicar, nada—contestó Lars—. No hay una sola palabra impresa; pero el dibujo es bastante aclaratorio. Una vez puesto el yelmo y sujeto el depósito a la cintura se abre esta llave que supongo será la que dará paso al oxígeno.

—¿Y no se gradúa?—intervino Bliven.

—Probablemente lo estará ya a la presión adecuada—volvió a replicar Lars—. El manejo es sencillísimo.

—Vamos a ponérnoslos—decidió Brawsky impaciente—. El asunto se presenta como orden o algo por el estilo.

—¡Diantres con Owerman!—exclamó Arias—. Le tengo que decir unas cuantas cosas cuando le vea. ¡Cómo le gusta hacerlo todo complicado y difícil!

—Sicología, mi querido amigo, sicología—ironizó el polaco Brawsky—. Sicológicamente llegaremos a la Luna y sicológicamente nos abriremos la cabeza. Y si no al tiempo.

En el transcurso de los cinco minutos siguientes, los componentes del grupo se ajustaron los yelmos y abrieron las respectivas llaves de paso del oxígeno.

—¿Y el audífono?—inquirió Lars intrigado. Su voz fue oída por todos, por lo que la pregunta careció de sentido.

—¡Esto es maravilloso!—alabó Arias comprobando la solidez del trasparente material—. No se nota nada absolutamente. Oigo, veo y respiro como si llevara la cabeza desnuda. Le sienta muy bien, Jill. Parece la heroína de una novela fantástica.

—¿A mí también?—preguntó Brawsky señalándose su rayado pijama—. No me irá a decir que...

Sus palabras se le ahogaron en la garganta. Quedóse mortalmente pálido y solo tuvo fuerzas para apuntar con un dedo al lateral en que se hallaba la negra cortina. Esta se había descorrido totalmente para dejar ver el más extraordinario paisaje que pudiera imaginarse.

Aquel exterior, obra de la naturaleza, se hallaba formado por una superficie terrosa y abrupta de un color gris plomo cuyo horizonte visual lo limitaban enormes riscos blanquecinos que enlazábanse entre sí cual una interminable cordillera circular. La atmósfera, pesada y densa, tenía una coloración grisácea también, con nubes casi negras y tan bajas que parecían constituir el techo del escenario. No se distinguía ni una brizna de vegetación. Si era de noche o de día nadie habría sido capaz de decirlo. Había una luz crepuscular, sí, pero lo mismo podía provenir de las nubes, del suelo o de los riscos. Sólo de una cosa podían estar seguros aquellos estupefactos componentes del grupo: todos sabían por intuición que no existía en la Tierra un

lugar semejante.

Una racha de aire helado procedente del exterior los envolvió. Los candelabros se apagaron y un rayo zigzagueó vivamente entre las nubes.

Jill Galantiére se santiguó supersticiosamente.

—¡Miren allí!—exclamó Brawsky tiritando—. ¡A la izquierda, detrás de ese montículo!

La sangre se les heló en las venas al ver a dos borrosas siluetas blancas que se aproximaban lentamente. Daban la sensación de ser esqueletos que hubieran salido de sus tumbas. Brillantes reflejos rojizos se desprendían de las cavidades superiores de sus cráneos. Ojos que parecían taladrar las brumas y horadar las mentes de los terrestres.

—¡Que Dios nos coja confesados!—susurró Lars Clevely—. Esto no es obra de Owerman... ni es la Luna tampoco.

CAPITULO IV

Atraídos por una especie de imán mental, los cinco terrestres salieron al exterior en dirección a aquellos fantasmagóricos personajes que aguardaban a ambos lados de la puerta.

Lars Clevely sintió su mano apretada por la de Jill Galantiére.

—Tengo miedo, Lars—dijo la joven sin osar levantar la vista del suelo—. ¿Qué nos irán a hacer?

Realizando un supremo esfuerzo de voluntad, Lars sonrió.

—Por lo pronto, quienesquiera que sean, cuidan de que sobrevivamos en este mundo —contestó—. La prueba es que nos han facilitado estos yelmos protectores.

Acabado que hubo de decirlo, cada uno de aquellos seres encendió un diminuto proyector de luz verde cuya luz se extendió hacia las abruptas montañas blanquinosas abriéndose paso a través de las espesas brumas. Ambos haces luminosos formaron unas líneas perfectamente paralelas entre las cuales mediaría una distancia de yarda y media. Era evidente que el espacio delimitado significaba un camino a seguir, o dicho con más propiedad, una senda visual,

—Nos marcan el camino—dijo Brawsky—. ¿Qué hacemos?

Bliven tomó del suelo unos cuantos guijarros y los arrojó contra una de las rayas luminosas. El contacto produjo un furioso chisporroteo seguido de una espesa humareda. Ninguno de los guijarros llegó a caer al suelo. Bliven miró a sus compañeros.

—No tenemos otra opción que obedecer—afirmó gravemente—. Si uno de nosotros roza la luz quedará desintegrado igual que esas piedras.

Un dramático silencio siguió a las palabras de Bliven. Los espectrales seres continuaban inmóviles cual gelatinosas estatuas, esperando que la comitiva se pusiera en marcha.

Lars hizo un gesto con la cabeza y echó a andar entre los dos haces luminosos. En su mano aumentó la presión de los dedos de Jill.

—Lo que tenga que ser, pronto—dijo simulando jovialidad—. ¡Animo, Jill! Apostaría a que nos dan una importancia excepcional.

—Pero, ¿quiénes?—inquirió ella angustiada—. ¿Dónde estamos, qué tenebrosa región es ésta?

—Podría decirle que en un rincón ignoto de África o de Asia,

pero usted no se lo creería —replicó—. No tengo ni la más remota idea. Espero, no obstante, que no tardemos en saberlo.

Un silencioso rayo cruzó diagonalmente el cielo yendo a perderse detrás de las lejanas montañas. A su resplandor, las nubes centellearon como provistas de lentejuelas multicolores.

—Cristales de amoníaco—explicó Brawsky que caminaba inmediatamente detrás de la pareja—. Están en suspensión con hidrógeno y metano.

—¿Se da esa composición en la Tierra?—preguntó la voz de Sergio Arias.

—No—respondió el geólogo polaco. En su acento no hubo la menor vacilación—. Sería mucho aventurar, pero por lo que conozco, solo hay un planeta en el que reine una atmósfera semejante.

Una sensación deprimente se apoderó de Lars Clevely.

—¿Qué planeta es, Brawsky?—preguntó.

—Urano.

Lars y Jill se volvieron sobresaltados. .

—¡Urano ha dicho!—la voz del piloto fue casi un grito—. Usted sueña, Brawsky...

El geólogo esbozó una triste sonrisa.

—Me temo que o estemos soñando todos o realmente nos encontremos en Urano, a tres mil millones de Kilómetros de la Tierra. Urano es el planeta de las eternas tempestades. Aún no ha entrado en su fase definitiva y por esta causa su atmósfera y su superficie experimentan de continuo violentos cambios. Hay quien afirma que se trata de explosiones de hidrógeno originadas por el sodio...

—Pero la masa de Urano es aproximadamente igual a la de la Tierra—objetó Hunt Bliven—. Y nosotros pesamos aquí mucho menos que…que...

—Que en la Tierra—completó Sergio Arias interesado en la cuestión.

—Eso es cierto—concedió Brawsky pensativo—. No puede ser Urano. Quizá algún satélite de éste...

Arias hizo un gesto señalando la repentina aproximación de las rayas luminosas.

—Nos invitan a seguir—dijo aludiendo a las inmóviles figuras, perdidas casi de vista entre los negros girones de niebla—. Temen sin duda que estemos conspirando.

Reanudaron la marcha y ambas líneas de luz volvieron a tomar la misma separación de antes.

Lars Clevely, único que llevaba reloj de cuerda automática, informaba de vez en cuando del tiempo transcurrido desde que comenzaran a andar.

Al cabo de un par de horas, aquel sendero artificial se quebró

bruscamente hacia la izquierda en dirección a una pronunciada pendiente metida entre dos altas escarpaduras. Al final del terraplén veíase un lago de aguas parduzcas y relucientes sobre el que flotaba una ligera niebla.

Hicieron un alto para contemplar el distinto paisaje que ahora se les ofrecía. Nadie parecía vigilarles. Una soledad triste y sombría y el sobrecogedor silencio reinante hacían del paraje un siniestro lugar. La escasa luz natural no había sufrido variación de intensidad; las pesadas brumas que apenas dejaban distinguir el gris oscuro del cielo, se deslizaban lentamente en distintas direcciones como impulsadas por variables corrientes de aire. Había una extraña uniformidad en todo aquel conjunto, un denominador común que lo caracterizaba: el color. Gris plomizo era el áspero y seco suelo; grises blanquecinas las montañas y riscos que salpicaban el escenario; gris sucio era la tonalidad de las nubes, la niebla y la atmósfera; y gris también el denso lago en el que iban a morir los dos trazos luminosos.

—Se me hace insoportable tanta monotonía —dijo Jill Galantiére apoyándose en Lars para descansar—. Estoy desfallecida, nerviosa, a punto de volverme histérica.

Lars la miró. A través del yelmo plástico que envolvía la cabeza de la joven doctora pudo ver sus profundas ojeras y la palidez de sus labios.

—Intente otro esfuerzo—rogóle sin demasiada convicción—. No sé a dónde llegaremos ni cuándo pero debemos agotar todos los recursos.

—Allí, sobre las aguas del lago, está surgiendo algo—dijo excitado Arias—. Una cúpula de cristal parece... ¿Lo ven ustedes?

No era preciso que contestaran. La afirmación del español se evidenciaba por instantes. En el borde más próximo del lago había aparecido una gran cúpula refulgente cuyo interior era imposible distinguir a causa de la distancia.

La visión les prestó fuerzas para continuar. Aligerando el paso y siempre entre las dos líneas luminosas que marcaban el forzoso trayecto, el grupo descendió por la pendiente.

Veinticinco minutos más tarde llegaban ante la misma cúpula. Sin mediar previo acuerdo, tal era el resignado fatalismo de los terrestres, éstos se introdujeron por una pequeña escotilla situada en la parte inferior.

La abertura se cerró automáticamente apenas hubo acabado de entrar Arias, que fue el último.

Se les ofreció una rápida visión del conjunto antes de que los cegara la más absoluta oscuridad. El interior de la cúpula estaba constituido simplemente por una acharolada superficie horizontal y las cóncavas paredes transparentes.

Al cabo de unos instantes se rasgaron las tinieblas y una vivísima luz anaranjada los envolvió haciéndoles posible ver el nuevo lugar a que habían sido trasladados.

—¡Un palacio submarino!—exclamó Brawsky en el colmo del estupor—. Pero... ¿qué son esas figuras...? ¡Hombres como nosotros!

—¡Hombres negros!—Lars se pasó la mano por los ojos como queriendo ahuyentar aquella visión fantástica—. ¡Vienen hacia nosotros!

—¡Dios mío, son enormes!—susurró Jill asombrada.

La escotilla se abrió silenciosamente. Bliven, el más cercano a ella, se echó instintivamente atrás temeroso de tener que ser el primero en salir.

—No les demos a entender que tenemos miedo—dijo Lars irguiéndose y ensanchando su poderoso tórax—. Dejemos en buen lugar a la humanidad terrestre.

Y dicho esto salió gallardamente, al encuentro de los tres gigantescos individuos que ahora se encontraban a unas cincuenta yardas de él. Eran negros como el azabache, sin comparación posible con los africanos de piel más oscura, y sus estatuas sobrepasarían en medio cuerpo a los terrestres. Majestuosos y corpulentos, llevaban por toda vestidura una especie de taparrabos gris rematado en la cintura por un refulgente cinto rojo del que pendía algo parecido a la funda de un puñal.

El alivio que experimentó Lars al comprobar que se trataba de seres humanos se desvaneció instantáneamente al fijar su mirada en sus rostros. No cabía más horror ni más repulsión en las sensaciones que su contemplación despertaba. Sus facciones, si se las podía llamar de este modo, estaban constituidas a la inversa; esto es, formadas por huecos y repliegues hacia dentro. Solo sobresalían los ojos, de pupilas tan negras como la piel; el resto, nariz, labios y cejas, podrían describirse como profundas hendiduras. Únicamente sus cabellos, rizados y cortos, recubrían el cráneo a semejanza de los humanos.

Lars se repuso de la impresión, echó una ojeada hacia atrás para percatarse de que sus compañeros le seguían, y prosiguió su avance. Al llegar a la altura de los hombres negros hizo una ligera salutación con la cabeza.

—Venir—dijo uno de ellos en un inglés arrastrado y gutural.

Fueron conducidos a través de vastos salones profusamente iluminados con candelabros y extrañamente decorados con objetos de incomprensible finalidad. Por fin llegaron a una estancia mayor que las anteriores y con más riqueza de ornamentos. Al fondo, sentado en un gran trono diamantino, vieron a otro «hombre negro». Un tatuaje plateado le cruzaba diagonalmente el pecho.

Los tres acompañantes de los terrestres ocuparon otras tantas esquinas de la sala, en evidente actitud de alerta.

—Es el jefe o rey—dijo Lars en voz baja—; En todos los lugares la reverencia es señal de humildad. Hagámosla...

Obedeciéronle sin desviar la mirada del trono. El jerarca se levantó imitando el saludo.

—Bienvenidos, hombres de la Tierra—dijo en el propio idioma de los terrestres. Hacía un raro efecto escuchar palabras salidas de una hendidura sin labios—. Bienvenidos con alegría al mundo que vosotros llamáis Oberón, mayor de los satélites de Urano. ¿Quién de vosotros es el jefe?

Lars sintió un leve codazo por parte de Jill. La prueba de confianza despertó en él una sensación de optimismo.

—Yo soy el jefe—contestó adelantándose un paso—. ¿Quién eres tú?

El interpelado se sentó en el trono.

—Mi nombre es Eagún—replicó prestando a su voz un tono levemente altivo—. Soy el Sátrapa Omnipotente de Oberón. Acercaos, amigos. Mi rostro no es como el vuestro y por él no podréis leer mis pensamientos. Quizá yo y mis súbditos os inspiremos ideas falsas si nos juzgáis por el distinto aspecto exterior; quizá sintáis temor hacia nosotros. Desechadlo por completo. Admiro a la Tierra y por eso os he traído.

—¿ Cómo hablas inglés, Ragún ? — inquirió Lars, a quien la pregunta bullía en la cabeza desde hacía rato—. ¿Lo sabías ya o nos estudiaste desde que vinimos?

—Mucho tiempo llevo estudiando a la Tierra. Conozco todos vuestros idiomas, costumbres y perfeccionamientos. Es una ciencia obligada en Oberón la de estudiar a los planetas. Vosotros comenzáis a hacerlo, queréis dar el primer paso para conquistar el satélite Luna. Sois inteligentes y audaces, maestros como nadie en el arte de la guerra. Yo quiero que me ayudéis.

—¿En la guerra?—preguntó Lars cada vez más interesado en el increíble desarrollo de los acontecimientos.

—Vosotros cinco—contestó Ragún—fuisteis escogidos entre cuatro mil millones de terrestres para emprender la primera aventura interplanetaria. Fiándome de las dotes de selección de los que os eligieron, os he traído para que luchéis contra Urano, para que nos defendáis de su terrible amenaza. Mis súbditos no están dotados físicamente para salir de la atmósfera de Oberón, sus mentes, igual que la mía, no son capaces del retroceso de ideas. Pienso someteros a unas pruebas. Si lográis salir airosos os batiréis contra los hombres rojos de Urano. Si fracasáis...

El Sátrapa abrió los brazos en un gesto indescifrable.

Experimentando cierta ansiedad, Lars preguntó:

—¿Qué ocurrirá si fracasamos en las pruebas?

—Moriremos todos.

—¿También nosotros? — volvió a inquirir Lars.

—Vuestro destino está ligado ya al de Oberón...

—Pero podemos regresar a la Tierra si no te satisfacen nuestras dotes—interrumpió Lars—. Del mismo modo que vinimos, por supuesto. No tenemos ninguna culpa de tus conflictos con Urano.

El rostro agrietado y horrible de Ragún se distendió en un gesto que nadie supo comprender.

—No me dejaste terminar, Lars Clevely —dijo—. Cada uno de vosotros será sometido a una prueba de la que saldréis triunfantes o moriréis. Un juego parecido se practica en la Tierra; los espías logran éxitos o son fusilados.

—Es distinto, Ragún—objetó Lars sin dar muestras de haberle impresionado el veredicto—. Además, ¿de cuántos habitantes se compone la población de Urano?

—De dos mil quinientos millones contando los «muertos vivientes».

—¿Muertos vivientes?—Lars enarcó las cejas intrigado—. ¿De qué seres estás hablando, Ragún?

—En realidad son cadáveres dotados con cerebros «robot». Obedecen órdenes electromagnéticas y son casi invulnerables a todas las armas conocidas. Es el ejército más poderoso con que cuenta Urano.

—¿Quién tiene la razón en este conflicto?

—Haría falta una inteligencia superior que pudiera discernirlo—repuso Ragún—. Nosotros lucharemos por la supervivencia. Mis Doce Consejeros y yo creemos obrar justificadamente. Tal vez, tú o alguno de tus compañeros sea capaz de saber si estamos o no en el derecho de hacerlo.

—¿Qué razones alega Urano para atacarte?

—Su Sátrapa, Kam-Vyzar, pretende extender sus dominios a los tres planetas habitados del Sistema: Venus, Marte y Tierra. Los científicos de Urano han descubierto una terrible arma destructora con la cual piensan llevar a cabo su plan. Primero la ensayarán contra nosotros. Una vez hayan desintegrado Oberón, y vista la eficacia de dicha arma, eliminarán del Sistema a Mercurio. ¿Vais comprendiendo, hombres de la Tierra?

Lars asintió con la cabeza.

—Está completamente claro. La destrucción de Oberón y Mercurio servirá para presentar un ultimátum a los tres mundos habitados. La amenaza de Kam-Vyzar es demasiado grande para que nadie la desprecie.

Ragún se agitó ligeramente en su trono.

—Me causa verdadero asombro vuestra claridad de pensamientos. Casi has adivinado lo que yo iba a decirte. ¿Puedes saber ahora quién tiene la razón, si Kam-Vyzar o yo?

—Tú, naturalmente—contestó Lars sin vacilar—. Urano no tiene ningún derecho a extender su soberanía más allá de sus fronteras. Los actos que Kam-Vyzar cometa encaminados a tal fin son delictivos en grado máximo. De existir un tribunal interplanetario, Kam-Vyzar sería juzgado y condenado a muerte.

El Sátrapa alzóse del asiento y abandonando el trono se fue lentamente hacia el grupo terrestre. Su formidable corpulencia, su andar elástico y majestuoso, dábanle un aspecto que encuadraba perfectamente con su realeza. Solo aquel rostro de facciones invertidas, huecas, le restaba a ojos de los terrestres, parte de su apostura.

Al llegar frente a Lars, éste se sintió empequeñecido y un tanto amedrentado. Desconocía las intenciones de Ragún e ignoraba también si sus últimas palabras le habrían ofendido.

De pronto, el Sátrapa hizo algo inaudito. Abriendo sus brazos en cruz se dejó caer de rodillas y besó los pies de Lars. Luego alzó el rostro y en sus salientes ojos pareció brillar la luz del agradecimiento.

Estupefacto, Lars no supo de momento qué hacer. Sin embargo, reaccionó prestamente.

—Levántate, Ragún—dijo emocionado—. Eso no debes volver a hacerlo jamás.

El Sátrapa se incorporó.

—Sé que en la Tierra se reverencia a los dioses—declaró—. Tú eres el más sabio entre los sabios. Tus palabras me han dado una felicidad que no había conocido antes. Ahora sé que triunfaremos, Lars; estoy seguro.

Lars sonrió.

—Sobre eso quería preguntarte antes—dijo—. ¿Cómo vamos a luchar nosotros cinco contra Urano?

—Si salís airosos de las pruebas ningún poder podrá oponerse a vuestra inteligencia. Yo os facilitaré armas igualmente efectivas que las que posee Kam-Vyzar.

—Si es así lo intentaremos. Ragún—y volviéndose a sus compañeros, Lars preguntó—: ¿no es cierto, amigos?

La réplica fue un murmullo de aprobación.

—Ya ves que estamos dispuestos a ayudarte—dijo Lars al Sátrapa—. Solo nos resta esperar poder serte útiles.

—Comiencen, pues, las pruebas—decidió Ragún dando dos palmadas para avisar a sus servidores.

CAPITULO V

Con todas sus zalamerías, Ragún es un grandísimo pícaro—dijo Sergio Arias—. No pretende sino que le saquemos las castañas del fuego.

—Cualquiera de nosotros habría hecho lo mismo en el lugar de Ragún—contestó Lars—. Además, es muy interesante eso de que Urano pretenda erigirse en amo del Sistema Planetario; afecta también a la Tierra.

—Para mí, todo lo que está ocurriendo es pura ficción—intervino Brawsky—; fantasías de la mente, alucinaciones, auténtico camelo.

—¿Insinúa que no es cierto lo que estamos viendo?—preguntó Jill Galantiére.

Brawsky se encogió de hombros. El polaco era siempre el descontento y el escéptico del grupo.

—Cualquiera sabe—replicó—; hombres negros, hombres rojos, Oberón, Urano, Kam-Vyzar... Demasiado inverosímil todo. Lo único real es que tengo un hambre de mil diablos.

Bliven reclamó atención hacia lo que sucedía en el palco regio del gran circo al estilo romano en que se hallaban.

—Vamos a ver a quién escogen primero—dijo acariciándose nerviosamente la barbilla—. Es desesperante no llevar siquiera un sencillo revólver.

A una señal de Ragún se hizo un silencio impresionante. Los miles de espectadores congregados dirigieron sus miradas hacia el lugar donde se encontraban los terrestres. Para ellos el acto no constituía un espectáculo más, sino la culminación del más desesperado intento por conseguir la supervivencia. Cada uno de los terrestres representaba para ellos una esperanza de salvación. Si lograban salir triunfantes del dramático torneo en que iban a tomar parte quizá no todo se habría perdido para Oberón.

Aquella enorme masa de individuos que se alineaba en las gradas del cubierto recinto estaba compuesta por adultos exclusivamente. Las mujeres, a diferencia de los hombres, vestían galas multicolores y flotantes que las hacia asemejar a enormes flores de acampanados pétalos.

Ragún señaló al grupo. Su voz, amplificada a través de invisibles

altavoces, sonó clara y bien timbrada. Primero habló en un idioma desconocido y, finalmente, en perfecto inglés.

—El terrestre Sergio Arias se batirá con Tyvor-Tyv, el gigante de las regiones heladas. Solo se empleará la fuerza física y la inteligencia.

Al centro del circular escenario salió un enorme «hombre negro», cuya fantástica musculatura relució bajo la luz azulada de los proyectores.

—¡No podré con él, diablos!—exclamó el español palideciendo—. Lo menos pesará como tres veces yo.

—Ten siempre en cuenta que ellos carecen del «retroceso mental»—aconsejó Lars—. Utiliza todas las tretas y artimañas que conozcas; engaña siempre a Tyvor-Tyv. El duelo es a muerte.

Arias sonrió a sus compañeros y salió al arenoso ruedo. El impresionante silencio se acentuó todavía más.

Sonó un gong, indicador de que el combate podía comenzar.

Arias y Tyvor-Tyv se estudiaron durante unos segundos, como midiéndose mutuamente las fuerzas. El gladiador de Oberón se movía pesadamente, haciendo oscilar su tatuado torso, aproximándose al español, tanteando con los brazos hacia adelante.

Este breve preludio sirvió para que Arias se apercibiese de la rudimentaria técnica de su adversario. Tyvor-Tyv se comportaba exactamente igual que un «catcher» terrestre con la única diferencia de que sus movimientos no eran engañosos sino que revelaban su verdadera finalidad.

Tyvor-Tyv atacó. Dando un paso hacia adelante enlazó a Arias por la cintura y lo lanzó a una altura de cinco yardas por encima de su cabeza. El español quedó boca abajo conmocionado por el inesperado golpe. En sus costados sentía un agudo dolor ocasionado por los nervudos dedos de su rival.

Haciendo un esfuerzo levantó ligeramente la cabeza. Tyvor-Tyv estaba muy cerca, en guardia y esperando que se levantase. Una calma impresionante reinaba entre los espectadores. En aquel duelo no se decidía una rivalidad o enemistad personal; la cruda realidad es que todos anhelaban ver a Arias triunfante y a su adversario sin vida. Esto representaría el primer paso para el logro de las legítimas ambiciones de Oberón.

Tensando sus brazos, Arias trató de incorporarse pero un terrorífico puntapié de Tyvor asestado a su pecho le hizo rodar casi privado del conocimiento.

Haciendo uso de sus escasas reservas físicas, el español giró sobre sí mismo para quedar de modo que pudiera vigilar otro inminente ataque de Tyvor. Sin embargo semicerró los ojos para dar la sensación de inconsciencia mientras se reponía. Durante este corto

intervalo, Arias recapacitó sobre los últimos consejos de Lars Clevely. No se trataba de medir la supremacía muscular sino de vencer con la inteligencia.

Cautelosamente se puso en pie, echándose hacia atrás para evitar otra embestida. Por unos instantes fingió un tambaleo que, por la escasa atracción gravitatoria, pareció más bien el ensayo de unos pasos de danza. En ese momento Tyvor-Tyv se lanzó nuevamente al ataque. Arias se apartó rápidamente y con felina agilidad se colocó detrás engarfiándole por las rodillas. Tyvor cayó estrepitosamente e intentó desembarazarse de la presa, sin conseguirlo. Arias aprovechóse de que el otro estaba de bruces e indefenso para asirle con un brazo por la garganta y oprimirle con todas sus fuerzas. Una treta sencilla y relativamente fácil de eludir pero que, incomprensiblemente. Tyvor no fue capaz de preverla. Arias resistió bravamente el forcejeo desesperado de su rival y estrechó aún más su atenazamiento. Al cabo de pocos instantes, Tyvor-Tyv quedó inmóvil y rígido en el suelo.

Respirando con alivio, el vencedor fue instintivamente a secarse el sudor de la frente, hallando con sorpresa que sus dedos tropezaban con el ligero yelmo. En su nerviosismo lo había olvidado por completo. Un clamor de satisfacción acogió su victoria.

Cuando subía al palco presidencial, Tyvor-Tyv comenzó a volver en sí. Su asombro no tuvo límites al verse vivo todavía. En su rudimentaria mente no cabía la idea de que su oponente se contentara simplemente con dejarle sin sentido.

Este mismo asombro fue compartido por el Sátrapa Ragún.

—¿Por qué no mataste a Tyvor-Tyv?—le preguntó a Arias—. Él lo habría hecho contigo...

—No había necesidad — replicó el español sonriendo—. Ya viste que pude acabar con él, pero hubiera sido inútil. Lo interesante es que le vencí.

—No lo comprendo—las negras pupilas de Ragún despidieron un raro reflejo—. De todas maneras, te felicito. Has ganado a mi mejor gladiador, como vosotros los soléis llamar. Tú irás a Urano. Ahora le toca a tu compañero, ¿Brawsky se llama? Ese del extraño traje a rayas. Si quieres quedarte conmigo a presenciar la prueba...

—Si lo permites, prefiero volver con ellos —objetó Arias deseoso de comunicar sus impresiones a sus amigos.

Jill Galantiére recibió a Arias dándole un efusivo beso en la mejilla. O mejor dicho, en la parte del yelmo más próxima a la mejilla.

—Te agradezco la intención—dijo Arias risueño—. La próxima vez tomaré la precaución de quitarme la escafandra.

—La próxima vez me tocará a mí—intervino Brawsky al escuchar su nombre pronunciado a través del amplificador—.

¡Deseadme buena suerte, muchachos!

Cuando el polaco llegó al centro del escenario ya había allí un «hombre negro», de menor envergadura que Tyvor-Tyv, que portaba un curioso artefacto luminoso en su diestra.

La potente voz de Ragún quebró el expectante silencio del anfiteatro.

—El terrestre Brawsky se enfrentará con Lul-Gud. Advierto a Brawsky que si su adversario le toca con el «kerk» quedará reducido a cenizas.

Encolerizado por su manifiesta desventaja en el duelo, Brawsky se giró bruscamente hacia el lugar donde se hallaban sus compañeros. Su muda interrogación fue más elocuente que todas las palabras que hubiera podido decir.

Sonó el gong.

Brawsky tuvo el tiempo justo para esquivar la negra avalancha que se le venía encima. Lul-Gud pasó junto a él como una exhalación y su «kerk», terrible arma desintegradora, casi le rozó el hombro izquierdo.

Lul-Gud midió la distancia antes de acometer nuevamente. Se encontraba a unas cinco yardas de Brawsky, con el «kerk» enhiesto y la mirada relampagueante.

El polaco, cuyo carácter ya era de por sí fácilmente irritable, sentía arder la sangre en sus venas. En cada latido de su corazón iba un insulto para Ragún y una súplica al Sumo Hacedor para que se produjera el milagro que equilibrase la batalla.

El «hombre negro» se aproximó lentamente. Quizá sonriera o quizá no, pero su rostro parecía contener una expresión de inhumana ferocidad.

De repente se hizo la luz en el cerebro de Brawsky. Seguramente, la inspiración se debió a que al retroceder, sus pies levantaron algo de arena. El caso fue que, tras un ágil quiebro de cintura con el que esquivó de nuevo a Lul-Gud, se agachó rápidamente y recogió del suelo un gran puñado de grava fina.

La maniobra desconcertó a Lul-Gud. Sin duda, éste no captó el motivo que inspiró la estratagema y por ello no varió su actitud. Blandiendo el «kerk» se precipitó otra vez contra Brawsky. El polaco le dejó llegar a la mínima distancia y arrojó la grava a sus ojos, apartándose inmediatamente para salirse del radio de acción de la terrible arma.

Lul-Gud, cegado completamente por la arena, se llevó las manos a los ojos desatendiendo por un instante el combate. Con la rapidez de un meteoro, Brawsky alzó su puño derecho y lo descargó terroríficamente contra la nuca de su adversario. Este se desplomó como un buey apuntillado.

Sin perder un ápice de su indignación, Brawsky hizo un significativo gesto de desafío dirigido a la regia tribuna.

O no lo comprendió o tal vez le agradó la innata fiereza, el caso es que Ragún felicitó efusivamente al polaco.

—¡Eres invencible, hombre de la Tierra!—exclamó cuando lo tuvo frente a él—. ¡Irás a Urano también!

—Espero de tu real justicia que me proporciones un arma con que defenderme allí—replicó Brawsky con acento mordaz—. ¿O también quieres que luche a cuerpo limpio?

—Tendrás el arma más poderosa que existe en los planetas—contestó Ragún—. Y te daré un traje para que luzcas mejor que ahora. Tal como te veo, tu aspecto no es guerrero.

La faz de Brawsky se tiñó de rojo. Aquella alusión a su pijama era lo último que esperaba del Sátrapa.

—Gracias, Ragún—es todo lo que fue capaz de decir. Y dando media vuelta, sin la menor ceremonia, comenzó a bajar las gradas para dirigirse hacia sus compañeros.

—No le ha gustado mi pijama—dijo apenas hubo llegado—. Ese sucio monarca también tiene ideas sobre la elegancia masculina.

—Se libró usted de buena—declaró Jill admirativamente—. Nos puso a todos el corazón en un puño.

—Pues todavía estoy esperando que usted me dé un beso—contestó Brawsky rencoroso.

—¡Prestad atención!—interrumpió Lars—. Ragún está bajando al ruedo. Decidme si esto no es ridículo.

—Yo lo veo como una mezcla de corrida de toros, función de circo y pesadilla—declaró Sergio Arias—. De veras que no sé si reír o mandar a Ragún al diablo...

—Deje que siga la fiesta—aconsejó Lars, más comedido—. Hasta ahora no nos va del todo mal. Podríamos estar muertos.

Ragún dijo algo al oído de dos de sus servidores y éstos asintieron con la mirada puesta en Lars Clevely.

—Parece que voy a entrar en turno—dijo el joven piloto inglés—. Procuraré volver pronto.

—¡Ten cuidado, Lars!—exclamó Jill impulsivamente—. No quiero que te ocurra nada...

Lars la miró sorprendido. En la voz de la joven había una contenida nota de emoción, un instintivo anhelo de retenerlo junto a sí.

Una leve sonrisa de confianza aleteó en los labios de él.

—Recuerda lo que te dije cuando nos vimos por vez primera—declaró Lars—. Siempre voy sobre seguro. ¿Por qué iba a ser este caso la excepción?

—Dios te oiga...

Los dos servidores de Ragún llegaron junto a Lars haciéndole

una seña para que los acompañara. En medio de una silenciosa expectación, el trío se introdujo por una escalerilla descendente desapareciendo de la vista de todos.

Lars fue conducido a una especie de vestuario donde le facilitaron un extraño traje metálico a modo de cota de malla. Por señas le indicaron que se lo pusiera. Lars obedeció sin hacer objeción alguna. Su nuevo atuendo apenas pesaba y era lo suficientemente cómodo como para poder desenvolverse con plena naturalidad. El flexible material de que estaba compuesto era de un vivo color verde con reflejos cobrizos y carecía de bolsillos, así como de botones, siendo ajustado por medio de invisibles cremalleras. El calzado de Lars fue substituido también por unas botas altas igualmente metálicas cuyos bordes superiores se unían a la terminación del traje. Concluyó su tarea de vestirse poniéndose unos finos guantes rojos, con lo que todo su cuerpo quedó completamente aislado del medio ambiente.

Siempre acompañado por los dos «hombres negros», Lars regresó al escenario de las pruebas. Al mirar de pasada al lugar donde estaban sus compañeros observó la falta de Hunt Bliven y Jill.

El Sátrapa Ragún le sacó de su momentánea distracción.

—Vas a ser enviado al traidor planeta Urano —le dijo—. Quiero saber si vosotros, los terrestres, podéis subsistir en su atmósfera. Si regresas sano y salvo la victoria será segura.

Un escalofrío supersticioso recorrió la espina dorsal de Lars Clevely.

—¿Debo ir yo solo?—inquirió ligeramente sobresaltado.

—Serás objeto de una «transmisión molecular», como lo fuiste para venir a Oberón—asintió Ragún—. Sin embargo, para volver utilizarás una de mis astronaves guerreras. Con arreglo a vuestras medidas del tiempo deberás regresar antes de dos horas. En el caso contrario entenderé que fracasaste.

—¿Y si me descubren los habitantes de Urano?

—Emplearás el «kerk» de Lul-Gud para defenderte. Si de todos modos te capturan tu silencio será más valioso que tu vida. No te importe morir antes que delatarnos.

—¿Acaso Kam-Vyzar no sabe de vuestras intenciones como vosotros sabéis las de él?

—Nuestras ciudades son submarinas y los medios de observación de Urano carecen del poder necesario para penetrar hasta ellas. Es nuestra única ventaja sobre Kam-Vyzar.

Lars asintió. En aquel momento vio como un grupo de «hombres negros» transportaban un objeto ya familiar a su vista: un ataúd blanco.

—La cámara de «transmisión molecular» —explicó Ragún—.

Por medio de otra mucho más grande ha sido enviada a Urano mi astronave guerrera. La hallarás apenas llegues allí.

Sin apartar la mirada de la blanca caja, Lars dijo:

—Dentro de la cámara que me trajo aquí había un extraño ser parecido a los esqueletos humanos; luego volví a ver a dos de ellos que nos guiaron hasta tu palacio. ¿Qué clase de habitantes son?

—«Cadáveres vivientes» de Oberón—contestó Ragún—. Ellos pueden salir de nuestra atmósfera pero sus inteligencias, a diferencia de las de Urano, son tan rudimentarias que solo pueden cumplir una orden. No me sirven para la guerra; los empleo únicamente como enlaces en la superficie de este mundo puesto que no aprecian las diferencias climáticas ni son afectados por las tempestades magnéticas.

Los servidores de Ragún se retiraron después de dejar la cámara dispuesta para el experimento.

—¿Estás preparado?—preguntó el Sátrapa a Lars.

Instintivamente, el joven dirigió su vista hacia Brawsky y Arias.

—¿Dónde están los otros?—quiso saber refiriéndose a Jill y Bliven.

—Sufriendo un examen conjunto en las Colinas del Fuego—replicó Ragún—. Volverán a la misma vez que tú... si logran salir con vida.

Pese a su forzada comprensión hacia los propósitos de Ragún, Lars experimentó en aquel instante un sentimiento de ira. Hasta entonces el Sátrapa de Oberón, como él mismo se denominaba, solo hizo que disponer y ordenar con respecto a los terrestres. Su egoísmo le hacía olvidar todos los demás factores, como si la voluntad de aquellos que iban a emprender la más titánica empresa que fuera llevada a cabo en el Universo no significara absolutamente nada.

Pero Lars, en ese momento, decidió puntualizar en tales extremos.

—Hasta ahora nos has hablado de obligaciones con respecto a ti y a tu mundo—dijo en un tono incisivo—; sin embargo, no has dicho nada del premio que nos aguarda si conseguimos liberarte de la amenaza de Urano.

—Te nombraré Sátrapa de Oberón—contestó Ragún con sencilla naturalidad—. Y a tus amigos los integraré en el Gran Consejo. ¿Deseas algo más?

La generosidad de Ragún desconcertó a Lars y contribuyó a apaciguar su recién exaltado ánimo.

—Mis amigos y yo renunciaremos a tan grandes honores pidiéndote a cambio que nos devuelvas a la Tierra. Eso es todo lo que deseamos.

—Será difícil soportar la tristeza de la separación. Te

complaceré, no obstante.

Las dos escuetas frases de Ragún estaban impregnadas de un patetismo emocionante. Lars se sintió fortalecido y orgulloso de poder servir a tal causa. Y, además, recordó también que la paz de la Tierra se decidía en aquel inverosímil torneo.

—Estoy dispuesto, Ragún—dijo sonriendo—. Cuando quieras.

—En la astronave hallarás un pequeño depósito de píldoras reconstitutivas. Con arreglo a tu tiempo debe tomarse una cada cinco horas. Es un alimento físico-mental preparado especialmente para vuestro organismo. También encontrarás allí el «kerk» de Lul-Gud.

—Un momento, Ragún—Lars se apercibió de que olvidaba preguntar lo más importante—: ¿Cómo sabré manejar la astronave y el «kerk»?

—No te preocupes—le tranquilizó el Sátrapa—. Durante la «transmisión molecular» te será administrada una «infiltración psicotécnica» que te pondrá en condiciones de emplear ambas cosas.

—Empecemos, pues—decidió Lars—. Procuraré reunirme contigo dentro de dos horas.

* * *

Y justamente quince segundos después, Lars Clevely se materializaba en un desolado lugar de Urano, el planeta que pretendía erigirse en dueño del Universo.

Lo que Lars ignoraba, naturalmente, es que las dos horas de plazo concedidas por Ragún iban a convertirse en interminables jomadas durante las cuales el terror, la angustia y la muerte se sucederían en apocalíptico desorden.

CAPITULO VI

La astronave era alargada y de líneas aerodinámicas. Asentada en el suelo por medio de tres esferas sujetas a un mismo eje en forma de triángulo, y provista de dos cortas aletas en la popa del fuselaje, su aspecto no difería mucho de los imaginarios bocetos terrestres.

Al tiempo que se aproximaba, Lars fue dándose cuenta de que sabía todo lo relacionado con el manejo de la misma. Una vez dentro de la carlinga, el joven inglés echó un rápido vistazo al simple cuadro de dispositivos de mando. Después consultó su reloj de pulsera. Había transcurrido media hora desde que saliera de Oberón; y, según el mapa celeste adosado a un extremo del tablero, en el que figuraban las mediciones de tiempo y distancia con sus equivalencias terrestres, le quedaba otra media hora para permanecer en Urano. Un intervalo suficiente para poder saciar parte de su curiosidad hacia aquel planeta alejado de la Tierra tres mil millones de kilómetros.

Poniendo en marcha los motores de la astronave, pronto la hizo ascender a una altura de tres mil pies. Estabilizándola en vuelo horizontal a una velocidad de cinco «zyas»[1], conectó la cámara televisora inferior a fin de contemplar los paisajes sobre los que pasaba. En otros tiempos, no muy lejanos, su capacidad de asombro se habría visto rebasada de haber podido captar su mirada aquellas fantásticas formaciones de hielo negro que circundaban los lagos de amoniaco y metano; semejantes a una sugestión febril eran también las incandescentes masas de mineral que brillaban en el fondo de los abismos; e igualmente digna de un pincel mágico era la exuberante vegetación que parecía estallar en una pirotecnia de colores jamás imaginados por la mente del hombre. Bajo los tenues efluvios del Sol, lejano y diminuto, extensas praderas rojizas y bosques de rubí encendido se recortaban contra el agreste fondo de las siempre oscuras montañas.

Distraído en la contemplación de tales parajes maravillosos, Lars se sintió aliviado de los agoreros pensamientos que, acerca de la suerte de Jill y Hunt Bliven, le atormentaran hasta que se tradujo la «transmisión molecular». Su innato temperamento de aviador hacía que encontrara fascinante el vuelo que estaba realizando. La astronave se comportaba con tan suave y silenciosa docilidad que

parecía obedecer los deseos mentales de su piloto.

Lars imprimió una aceleración gradual que redujo a la constante de tres mil millas por hora cuando en la pantalla televisora apareció la confusa imagen de una ciudad próxima.

Al principio creyó ser víctima de una alucinación de los sentidos. Sin embargo, tuvo que rendirse a la realidad y admitir que lo que estaba viendo era una gigantesca ciudad aérea.

Sobre los picos más altos de una extensa cordillera, sin ninguna base de sustentación y aparentemente inmóvil, había una plataforma circular erizada de pequeñas cúpulas iluminadas, destacándose en su centro una altísima torre de la que pendían, a modo de radios, refulgentes cintas, cada una de las cuales tenía su terminación en el remate de su cúpula correspondiente.

La distancia que separaba a Lars de la ciudad aérea era aproximadamente de mil millas, por lo que a simple vista todavía no podía apreciarla en todos sus detalles, ni siquiera en su configuración general. Y en su entusiasmo por el descubrimiento, Lars olvidó el transcurso del tiempo para concentrarse únicamente en la exploración de la ciudad. Aumentando su altura a cuatro mil quinientos pies, redujo, por el contrario, la velocidad a un máximo de dos «zyas».

La imagen ampliada de la pantalla se ofrecía ahora centelleante de luz y color. Lars pensó que no tardaría mucho en poder distinguir a sus habitantes; esta idea se convirtió en un obsesionante deseo que cumpliría a despecho de todo lo que pudiera suceder.

Pero fallaron sus cálculos apenas esbozados. El vuelo de la astronave se interrumpió violentamente, como si ésta hubiera chocado contra una pared elástica e invisible. Las manecillas de los indicadores giraron locamente durante unos instantes para quedar al fin totalmente inmóviles.

Dominado por la alarma, Lars trató de accionar los mandos sin conseguirlo; estaban agarrotados por completo.

De repente, la astronave se puso en movimiento. Su repentina aceleración en sentido descendente fue tan rápida que la ciudad aérea apareció frente a los ojos de Lars cual una fantasmagórica visión.

Lo que ocurrió después jamás podría relatarlo con mediana exactitud. Su primera noción de la realidad, a continuación de la tremenda sorpresa, fue hallarse en una explanada cubierta por un techo transparente y con la portezuela de la astronave abierta.

En un santiamén se vio rodeado por un grupo de «hombres rojos», tal como Ragún se los describiera; hombres de cráneos dilatados y fauces lobunas, dotados de diversas complexiones físicas. El color de su piel era, efectivamente, rojo; un rojo sangriento que se extendía por igual de la cabeza a los pies. En satánico contraste,

tenían las cejas y el cabello tan negros como el azabache. Sus ojos, rasgados oblicuamente, y carentes de párpados, tenían cierta semejanza con los de las serpientes.

Al apearse de la astronave, Lars fue asaltado por un coro de voces guturales e incomprensibles. Las exclamaciones y gestos de los «Uranos» evolucionaron rápidamente hacia un tono violento y casi agresivo. Aunque sabía que era inútil, el terrestre habló en inglés y tan fuerte como pudo para dar a entender que no se sentía amedrentado, aunque, en realidad, nunca lo estuvo tanto.

Por medio de una acción conjunta y simultánea, los «hombres rojos» apresaron a Lars conduciéndole a una plataforma girante que ascendió vertiginosamente hasta llegar a un recinto cuadrado, de muros metálicos y viva iluminación indirecta. El «urano» que parecía capitanear el grupo, dio una orden y Lars fue soltado. Disimuladamente, el joven piloto inglés se llevó la diestra al cinto para comprobar que aún llevaba el «kerk» desintegrador.

Uno de los «Uranos» desapareció para volver al cabo de unos segundos portando un diminuto mecanismo del que sobresalían dos carretes enlazados por una cinta azul. Al ponerse en movimiento los dos carretes una voz surgió del interior del mecanismo. Los «hombres rojos» fijaron sus miradas en Lars para atender el menor de sus gestos.

La voz del altoparlante cambiaba de acento a cortos intervalos; era evidente que sus variaciones correspondían a la pronunciación de una misma frase en distintas lenguas o idiomas.

Al cabo de varios minutos. Lars se irguió como espoleado por un latigazo. Del amplificador de sonidos había partido una orden en correctísimo inglés.

—«Si ha entendido usted, levante los brazos» —las instrucciones se repitieron por dos veces.

Lars obedeció. Una especie de conmoción febril se apoderó de los «hombres rojos». Nuevamente le llevaron a la plataforma, y de allí a un aerodinámico vehículo monocarril que, atravesando infinidad de túneles excavados al pie de las cúpulas transparentes, le transportó a un bajo edificio de caprichosos perfiles. Tras idas y venidas por sinuosos pasillos, Lars fue inducido a entrar en un vasto salón alfombrado y recubierto por tapices fluorescentes. Un «urano» ataviado con una flotante capa azul, el color predominante en la ciudad, se alzó de un complicado asiento al ver entrar al grupo. El que lo capitaneaba habló con él en voz baja durante unos segundos.

Y entonces, aquel que estaba en el salón interrogó a Lars en impecable inglés.

—Conteste si procede o no de la Tierra.

—Soy terrestre, en efecto—replicó Lars. Cosa extraña, el joven

piloto se hallaba sorprendido pero no temeroso. Su poder de adaptación a los acontecimientos le había cuidado ya de las inquietudes. Lo increíblemente fantástico de su aventura le había convertido en un fatalista que no esperaba sino sacar el mejor partido a cada situación. Morir o vivir era ya casi una misma cosa.

—¿De qué parte de la Tierra eres?—volvió a inquirir el «urano».

—De Inglaterra, Europa.

—¿Has venido solo?

—Sí.

—¿Representas a la Tierra o a tu país?

—A la Tierra. Y he venido para ofrecer nuestra amistad a Kam-Vyzar.

Un relámpago pasó por las pupilas del que interrogaba.

—Eso no está escrito en vuestros libros —dijo—. Nadie sabe allí que hay otros planetas habitados.

—Sabemos muchas cosas que no están escritas en los libros— contestó Lars—; sabemos que Kam-Vyzar desea destruir primero a vuestro satélite mayor, al planeta Mercurio, y luego exigir la obediencia de Marte, Venus y Tierra.

Se produjo un tenso silencio que duró varios segundos. La mentira de Lars había producido un indudable efecto en el «urano».

—Te llevaré a presencia de Kam-Vyzar—decidió aquél.

Lars miró su reloj de pulsera. El plazo concedido por Ragún para regresar se había extinguido totalmente. Esto no tenía importancia si se consideraban las consecuencias que podrían derivarse de su entrevista con Kam-Vyzar.

Lars fue hecho subir a una astronave pilotada por dos «hombres rojos». Le acompañaba el «urano» que le interrogó.

—¿Dónde está Kam-Vyzar?—quiso saber Lars, cuando ya desde las alturas se divisaba borrosa la ciudad aérea.

—En Kamizar, la ciudad motriz de Urano. Llegaremos pronto.

—¿Habla él inglés?

—Habla todos los idiomas del Universo. Su cerebro es el compendio más exacto que ha existido jamás.

Lars juzgó que era imposible adivinar los pensamientos de aquel «urano». No parecía hostil ni amistoso; prácticamente se comportaba como un autómata, lo que coincidía con lo que le dijera Ragún sobre la incapacidad de los «uranos» para el «retroceso mental». Basándose en las experiencias recientemente adquiridas, Lars reflexionó en que tal vez, los terrestres eran los únicos habitantes del Universo dotados de la facultad de retorcer las ideas, fingir ardides, adoptar conductas engañosas y mentir. Lo mismo los habitantes de Oberón como los de Urano poseían mentes que podían compararse a vehículos de una sola marcha, hacia adelante y carentes de volante

para efectuar un imprevisto cambio de dirección.

Transcurrida una hora de vuelo, a una velocidad que Lars no supo calcular por la fugaz rapidez con que cambiaban los paisajes por debajo de ellos, avistaron una ciudad aérea infinitamente más grande que la anterior.

—¿Es Kamizar?—preguntó Lars.

—Sí—contestó el «urano» con su habitual concisión.

—¿Sabe ya Kam-Vyzar que voy a visitarle?

Otra afirmación por parte del «hombre rojo».

Lars irguió el cuerno hacia adelante al contemplar el despegue de una escuadrilla de astronaves compuesta de cinco unidades.

—¿Vienen a escoltarnos?—inquirió sin dejar de observar la vertical ascensión de aquéllas.

El «urano» le escudriñó fijamente.

—Se dirigen a Oberón—contestó—. Su misión es destruir el satélite.

El corazón le dio un vuelco a Lars.

—¡Debemos impedirlo!—exclamó impulsivamente—. ¡Ordena a tus pilotos que den caza a esas astronaves!

El «urano» no se inmutó por el tono violento de Lars.

—Kam-Vyzar es quien da las órdenes—replicó—. Oberón será destruido antes de que tú y yo lleguemos a Kamizar.

CAPITULO VII

Cuál es tu nombre?

Debió sorprenderse el «urano» por la pregunta de Lars ya que tardó bastante en contestar.

—Zwen-Du—dijo al fin.

—Pues bien, Zwen: desde este momento obedecerás mis órdenes. Manda a tus pilotos que varíen el rumbo y persigan a las cinco astronaves hasta darles alcance.

El «urano» llevó una de sus rojas manos al pecho para extraer sin duda un arma del interior de su coraza plástica. Pero Lars se le adelantó y con un rápido movimiento esgrimió el «kerk».

—¡No te muevas, Zwen!—amenazó—. ¡Esta es el arma más poderosa que existe en el Universo! Repite a tus hombres la orden que te he dado.

Se dilataron las fauces de Zwen y sus pupilas centellearon con terrible fulgor.

—¿Qué te propones, hombre de la Tierra? —su voz sonó un tanto desfigurada.

—Evitar la destrucción de Oberón hasta que me entreviste con Kam-Vyzar.

—Y para ello quieres destruir las cinco astronaves—Zwen volvió a llevar su mano al pecho—. Tu traición me exige que te mate.

El puño derecho de Lars descargó de pleno sobre el rostro del «urano». Este retrocedió varios pasos en el interior de la amplia cabina y fue a tropezar contra una de las paredes cayendo de rodillas. Lars no le dio tregua volviendo a golpearle, esta vez con menos ímpetu para evitar que perdiera el conocimiento. Haciendo uso del «kerk» podría haberle matado con facilidad, pero Lars deseaba conservar vivo a Zwen puesto que era su único intérprete en Urano.

Ajenos voluntariamente a la escena que se estaba desarrollando, los dos pilotos de la astronave continuaban atentos a su labor. A través del transparente muro que separaba una cabina de otra, Lars distinguió sus inmóviles espaldas y sus cráneos recubiertos por sendos cascos provistos de extrañas conexiones con el tablero de mandos.

Rebelde al castigo infligido, Zwen intentó de nuevo extraer su

arma. Se lo impidió una cortante exclamación de Lars.

—¡Mira esto!—el terrestre mostró su «kerk»—. Su rayo lo quema todo y si lo dejo caer al suelo nos desintegrará en un instante. No pretendo hacerte ningún mal, ni a Kam-Vyzar tampoco, pero me obligarás a ello si no obedeces.

Zwen se levantó lentamente. Pasando junto a Lars entró en la cabina contigua y sostuvo una breve conversación con los pilotos.

Inmediatamente, la astronave desvió su trayectoria iniciando un pronunciado viraje a la izquierda. La ciudad de Kamizar quedó detrás desapareciendo del celeste horizonte. Muy lejos, casi invisibles, cinco puntitos grises remontábanse sobre las nubes en dirección al satélite Oberón.

Zwen-Du salió de la carlinga. Su mirada parecía haber perdido parte de la fiereza anterior.

—He obedecido tu orden—dijo—; y he comunicado a las cinco astronaves que vamos a destruirlas.

El corazón se le agolpó en la garganta a Lars. ¡Maldito Zwen...! Todo se había perdido ahora. ¿Qué podría hacer para impedir que el diabólico experimento se llevara a cabo? El pensamiento de que Jill y los demás fueran víctimas del mismo le produjo a Lars un malestar insoportable.

En realidad, a Zwen no se le podía culpar de nada ya que su rudimentaria mentalidad, denominador común de todos los habitantes de Urano y Oberón, carecían de la comprensión y astucia necesarias para el entendimiento con un terrestre. Lo demostraba el hecho infantil de que hubiera revelado su denuncia a las otras astronaves.

Lars no se sorprendió lo más mínimo al contemplar cómo dos de aquellos lejanos puntos iban agrandándose paulatinamente y disminuyendo de altura.

—¡Eso es lo que hemos conseguido, necio! —increpó a Zwen—. Ahora serán ellos quienes nos derriben. Alerta a tus hombres para que se defiendan y salvemos por lo menos la vida.

—Es inútil luchar contra las naves guerreras—contestó Zwen impasible.

De un empellón, Lars hizo entrar a Zwen en la cabina contigua, pasando él a continuación.

—Les dictarás las instrucciones que yo te vaya dando—instóle bruscamente—. Diles que...

Se detuvo horrorizado al ver los rostros de los dos pilotos. Debajo de sus cascos de vuelo solo había dos calaveras semiveladas por un traslúcido tejido apergaminado de color rojizo. ¡Los «cadáveres vivientes» de Urano...!

Fue casi una fracción de segundo la que permaneció Lars en aquel estado de estupor, pero su descuido lo aprovechó Zwen con

mayor rapidez aún. La palma de su mano descendió de través sobre la nuca del terrestre abatiéndolo fulminantemente.

Zwen dictó a los pilotos una serie de cortas frases en el idioma de Urano. La astronave realizó otro viraje dirigiendo el rumbo hacia Kamizar.

Otro tanto hicieron las dos unidades que integraban la escuadrilla enviada por Kam-Vyzar a Oberón. Desaparecido el peligro representado por Lars, giraron en redondo para reunirse con el resto de la flota.

Lars no tardó en recobrar el sentido. Instintivamente se llevó la mano al cinturón comprobando la falta del «kerk». Al mirar a Zwen, en actitud vigilante cerca de él, vio que estaba en posesión del arma.

—¿Qué ha ocurrido?—preguntó a la vez que se incorporaba. Le dolía terriblemente la nuca y sus movimientos eran torpes e imprecisos.

Zwen le señaló el cielo a través de una de las escotillas de la astronave. Una especie de globo incandescente asomaba por entre las negras nubes esparciendo una deslumbrante claridad.

—Oberón ha sido destruido—dijo Zwen con su exasperante laconismo—. Su luz alumbrará siempre al Universo.

La desesperación y la amargura se reflejaron en el varonil rostro de Lars. Hubiera deseado morir en aquel momento, desaparecer en las eternas tinieblas e ignorar que había existido. Su fortaleza física, su innato optimismo y sus anhelos espirituales desaparecieron dejándole el alma vacía. Jill Galantiére había muerto; y Hunt Bliven, Brawsky y el español Arias también. Ya no quedaba nada que le uniera al mundo real... Nada, sino los cinco sentidos para sufrir y atormentarse.

—Puedes matarme si lo deseas, Zwen—dijo con voz apagada—. Me harías un favor.

—Debo llevarte a presencia de Kam-Vyzar —respondió el «urano»—. El espera ansioso tu llegada. Quiere saber qué mensaje le traes de la Tierra.

Se reanimó la mirada de Lars ante la mención del satánico tirano. Y sus labios se entreabrieron en una vengativa sonrisa.

—Dices verdad, Zwen. Es preciso que vea a Kam-Vyzar.

CAPITULO VIII

Se hizo un silencio impresionante al abrirse las puertas del gran salón de recepciones y aparecer en el dintel el Hombre de la Tierra.

Todas las miradas se posaron en su airosa y gallarda figura. Zwen-Du, que estaba a su lado, se adelantó por el pasillo central para dirigirse al negro pedestal ocupado por Kam-Vyzar, Sátrapa de Urano.

Entretanto, Lars paseó tranquilamente su vista por el abigarrado conjunto que le rodeaba. Diseminados por entre las altísimas columnas de mármol que sustentaban el cóncavo techo había numerosos grupos de hombres y mujeres ataviados con multicolores galas. A diferencia de ellos, las cortesanas tenían sus rasgados ojos dotados de párpados con sedosas pestañas negras, característica que les prestaba un aspecto humano e incluso fascinador. Junto al pedestal del Sátrapa había otro un poco más pequeño ocupado por una mujer joven de extraordinaria belleza. El color de su rostro, rojo también, era sin embargo más pálido, en contraste con sus sensuales labios de tonalidad casi amoratada. La negrísima cascada de sus cabellos llevábala recogida sobre la nuca por medio de una diadema de brillantes que ceñía asimismo su amplia frente.

Después de cambiar unas breves frases con el Sátrapa, Zwen-Du regresó a donde estaba Lars.

—Kam-Vyzar se dignará hablar contigo—le dijo—. Puedes ir hasta él.

—¿Quién es esa mujer que está sentada a su lado?—preguntó Lars dejándose llevar por una inexplicable curiosidad.

—Es Ira-Sun, la hija del anterior Sátrapa y futura esposa de Kam-Vyzar. No te atrevas a dirigirle la palabra; ningún extranjero puede hacerlo, so pena de incurrir en un delito castigado con la muerte.

Rodeado de general expectación, Lars Clevely avanzó por entre las dos filas de la Guardia Real y llegó hasta el trono del soberano.

—Te saludo en nombre de la Tierra, Kam-Vyzar—dijo altivo—. He venido a traerte un mensaje de suma trascendencia y a ofrecerte la amistad de los míos.

Kam-Vyzar le escrutó fijamente. Era obeso y grasiento; sus abultadas facciones se distendieron en una expresión que, tal vez,

fuera una sonrisa de bienvenida.

—Estoy informado de tu tentativa para impedir la desintegración de Oberón—contestó el Sátrapa—. Mal puedo contar con la amistad de un planeta que se inmiscuye en mis asuntos. Te escucharé de todos modos.

Lars se encontró con la mirada de Ira-Sun y sintió una rara sensación; algo así como si se hallara bajo los efectos de una pócima embrujada. Tal vez era el poder fascinador de sus grandes y negros ojos.

—El Gran Consejo de la Tierra—mintió Lars—me ha encargado que te diga que conoce tus ambiciones y que está dispuesto a no consentirlas. Que tu conducta es criminal y que te exigirá cuentas de ella. Urano y la Tierra podrán ser mundos amigos cuando renuncies a tus despóticas intenciones. Precisamente quise impedir la destrucción de Oberón con el fin de que no se despertara la ira de los terrestres hacia ti. Pero ahora ya es tarde. Sin duda las astronaves de la Tierra estarán viniendo para infligirte el castigo que mereces...

Kam-Vyzar alzó su brazo imperioso.

—¡No sigas, osado Lars!—exclamó colérico—. ¡He tenido bastante paciencia para escuchar tus amenazas! No me interesa la amistad de ningún planeta sino la ciega obediencia. Ha llegado el momento de demostrar al Universo mi invencible poder. La muerte caerá sobre quienes no acepten mi mandato. ¿Tienes algo más que decir, terrestre?

La sangre hirvió en las venas de Lars. Desde que éste conociera el monstruoso crimen cometido impunemente por Kam-Vyzar solo albergaba un propósito y estaba decidido a cumplirlo pese a todo lo que se le opusiera: matar al Sátrapa. Con este fin le provocó y pagaría con la vida antes que volverse atrás.

—Solo una cosa tengo que añadir—contestó con helado acento —: que si tan invencible es tu poder accedas a luchar conmigo cuerdo a cuerpo, sin armas ninguno de los dos. Si tu cobardía no te permite aceptar el desafío, todo el Universo lo sabrá inmediatamente.

Instintivamente, Lars percibió la admiración en los ojos de Ira-Sun, la bellísima futura esposa del Sátrapa.

—Serás castigado por tu insolencia—declaró Kam-Vyzar. Acto seguido hizo un gesto a los miembros de su Guardia Real.

Lars no pudo ni intentar un movimiento defensivo. En un abrir y cerrar de ojos fue apresado y reducido a la impotencia. Entre la concurrencia se elevó un murmullo de asombro e indignación. Algunos brazos se alzaron amenazadores contra el terrestre.

Al cabo de muchas horas de estar recluido en una mazmorra de pétreas paredes, desfallecido por la sed y el hambre, Lars recibió la visita de Zwen-Du acompañado por dos guardianes.

Apenas si tuvo fuerzas para levantar la vista y tomarse interés por lo que iba a ocurrir.

—Tómate estas tres pastillas—ordenó Zwen dejando sobre una repisa el encendido candelabro que portaba—. Las manda para ti Ira-Sun.

El semblante de Lars acusó una levísima sorpresa.

—¿Son acaso un veneno?—inquirió.

Zwen no contestó, limitándose a abrir la palma de la mano y mostrar tres rosadas píldoras del tamaño de garbanzos. Entre ellas había una pequeña tira de papel con una inscripción en tinta.

Al leerla, Lars sintió acelerársele el corazón. «Zwen y yo estamos contigo. Ira», decía la nota.

—Está bien—dijo Lars tomando las píldoras—. Puesto que lo manda Ira-Sun obedeceré.

Sin darse cuenta de lo que hacía, Lars se despojó del yelmo para ingerir las pastillas. Casi instantáneamente experimentó un enorme alivio físico y mental; desapareciéndole la sed y el hambre, y una sensación de frescura y vigor pareció recorrerle el cuerpo.

Fue entonces cuando se apercibió que estaba respirando sin el yelmo; y su mirada se fijó también en que «el candelabro ardía con una llama ordinaria y firme». Dominado por una alegría impropia dadas sus dramáticas circunstancias, llenó de aire los pulmones ensanchando al máximo su tórax. Se puso en pie vivamente.

—¡Puedo respirar vuestra atmósfera!—exclamó dirigiéndose a Zwen que le contemplaba impasible—. ¡Si es casi oxígeno puro!

—Todas las ciudades de Urano lo contienen —respondió Zwen —. Sin esta atmósfera artificial la vida sería imposible.

Al ver que no hacían señal de abandonar la celda, Lars preguntóse a qué aguardarían Zwen y los dos guardianes. De repente, le iluminó la inspiración. Bastó para ello un imperceptible gesto de Zwen.

De un manotazo, Lars derribó el candelabro y aplastó su llama con el pie. La estancia quedó a oscuras completamente. Varios gritos de dolor y sorpresa se sucedieron, a la vez que la voz de Zwen dominaba la confusión.

—¡Sígueme, pronto!—una mano del «urano» le tanteó para conducirle a la salida.

Lars sintió que un bulto se derrumbaba junto a él y se apartó ágilmente.

Sujetando a Zwen-Du por la cintura echó a correr detrás de él. Las pisadas resonaban fuertemente en las tinieblas, provocando agudos y repetidos ecos.

Después de varios cambios de dirección, una pequeña claridad se distinguió al final de un pasillo.

Zwen se detuvo.

—No hagamos ruido ahora—aconsejó—. Estamos debajo de la Cámara Real. Si nos descubrieran estaríamos perdidos.

—¿Por qué has traicionado a Kam-Vyzar? —preguntó Lars, extrañado de que un «urano» pudiera utilizar su voluntad en el amplio sentido de la libertad.

—Ira-Sun se casará conmigo si derrotamos al Sátrapa.

Lars se rascó la cabeza pensativo.

—¿No le ama?—quiso saber.

—Le odia. Kam-Vyzar mató a su padre para sucederle en el trono.

—La idea de dominar al Universo ¿es de Kam-Vyzar exclusivamente o forma parte de la ambición general de Urano?

—Los «uranos» desean la paz y la convivencia pacífica, pero deben obediencia al Sátrapa. Además, éste cuenta con un poderoso ejército de «cadáveres vivientes» que jamás le hará traición...

Un suave siseo les llamó la atención desde el extremo iluminado del pasillo. La tenue claridad recortó una silueta esbelta que se movía haciéndoles señas.

—Es Ira-Sun—dijo Zwen—. Nos llama.

Procurando evitar todo ruido, Lars y el «Urano» anduvieron hasta donde estaba la joven princesa.

—Te saludo, audaz terrestre—dijo Ira-Sun en un inglés melodioso y de perfecta pronunciación—. Has venido en buena hora a Urano y esperamos que nos prestes tu ayuda.

La suave fragancia que se desprendía de la princesa produjo a Lars una inexplicable voluptuosidad.

—Puedes estar segura de que así lo haré —contestó—. ¿Dónde vamos a ir?

Ira señaló una disimulada puerta que se abrió al contacto de sus dedos.

—Subiremos a mis habitaciones. Nadie podrá sorprendemos allí...

Las últimas palabras de la princesa fueron ahogadas por un estridente zumbido que parecía provenir de todas partes y de ninguna en particular.

—¡Un ataque interplanetario! — exclamó Zwen—. ¡Tú lo anunciaste, Lars, dijiste que los terrestres vendrían a descargar su ira sobre Urano!

—Sí, pero no es cierto—rebatió Lars palideciendo—. Fue una amenaza falsa al Sátrapa para amedrentarle y obligarle a luchar conmigo. Los terrestres no podrán nunca venir a Urano...

—¿Quiénes son entonces?—inquirió Ira-Sun gritando para hacerse entender por encima del zumbido de alarma.

—Desde hace Cincuenta Evoluciones no ha sonado esa señal—contestó Zwen con síntomas evidentes de intranquilidad.

En ese momento se oyó una lejana explosión, seguida del inmediato cese de la alarma.

—Los atacantes han inutilizado la red magnética—dijo Zwen con voz ronca—. ¡Estamos perdidos...!

CAPITULO IX

Zwen nos dirá lo que ha ocurrido—habló Ira-Sun al quedarse solos en la plataforma oscilante que los conduciría a sus aposentos—. Este ataque inesperado cambiará los planes de Kam-Vyzar con respecto a ti. Momentáneamente quedarás olvidado, lo que redundará en nuestro beneficio.

Al ser frenada bruscamente la ascensión de la plataforma, Lars se tambaleó y tuvo que asirse a los hombros de la princesa. Esta le sonrió.

—Si triunfamos me casaré contigo—dijo con plena naturalidad. Y a continuación salió al pasillo seguida por Lars.

—¿Olvidas que se lo prometiste a Zwen-Du? —inquirió el joven terrestre.

—Zwen no me interesa. En cambio me enamoré de ti apenas te vi. Eres arrogante y valeroso; justamente el Sátrapa que a Urano le conviene.

Lars no replicó. Ambos jóvenes se introdujeron silenciosamente en la suntuosa sala que, como princesa, ocupaba Ira-Sun en el palacio real.

—Ha llegado la ocasión, Lars Clevely—dijo impulsiva Ira volviéndose a Lars con la mirada centelleante—. El destino te trajo aquí para que nos liberases del maldito Kam-Vyzar. Lo leí en tus ojos cuando te enfrentaste con él; leí que le odiabas y vi la muerte en tu expresión. Viniste a matarle, a vengar las ofensas que al Universo hace constantemente. Dime si me equivoco, Lars Clevely.

Lars no pudo por menos que reconocer que Ira-Sun poseía una muy superior capacidad intuitiva. Efectivamente no se había equivocado al juzgarle. Parecía, más bien, que hubiese leído sus pensamientos. No había, por tanto, motivo para ocultárselos.

—Leíste bien en mis ojos—contestó—. Kam-Vyzar merece la muerte, pero su cobardía le pondrá a cubierto de lo que intentemos contra él.

Ira-Sun fue a una de las ventanas y, tras unos instantes de observar a través de ella, regresó con el rostro resplandeciente.

—La Torre Control ha sido destruida por los atacantes de otros mundos—declaró—. Prácticamente, Kamizar ha quedado

incomunicada con el resto del planeta. E igualmente la protección magnética ha sido anulada La lucha, pues, se reducirá a lo que suceda en esta ciudad.

Lars la miró perplejo.

—¿Cuentas con otra ayuda que la mía y la de Zwen-Du?— inquirió.

—Es suficiente. Si logramos atrapar a Kam-Vyzar le obligaremos a renunciar al mando y delegar en mí. Exceptuando al «ejército de cadáveres vivientes», todos seguirán mis órdenes. Te facilitaré un arma para cuando llegue la ocasión.

Ira-Sun extrajo de una arquilla metálica una especie de pistola de cañón corto y macizo, sin hueco aparente para la salida del proyectil.

—Un disparador neurónico—explicó entregándoselo a Lars—. Al apretar la culata emite un rayo que paraliza los nervios de quien lo recibe. Dos disparos consecutivos causan la muerte fulminante. El arma lleva una carga inagotable y es eficiente incluso contra los «cadáveres vivientes». Su uso está autorizado únicamente a los miembros de la Guardia Real.

La puerta del aposento se abrió para dar paso a Zwen-Du.

—¿Qué ha ocurrido, Zwen?—preguntó Ira impaciente.

—El peligro ha pasado por el momento—informó el «urano»—. Parece ser que una astronave, procedente no se sabe de qué planeta, quiso llegar hasta Kamizar pero se estrelló contra la Torre Control destruyéndola. Un accidente casual, sin duda.

—¿Qué dice Kam-Vyzar?—volvió a preguntar la princesa

—Está furioso y con razón. La Torre tardará dos Evoluciones en ser reconstruida y, mientras tanto, Kamizar estará a merced de otro posible enemigo interplanetario. Ha ordenado que una flota de aeronaves vigile día y noche por si se repite el ataque.

—¿No te ha dicho nada del prisionero?

—Están ultimados los detalles de la ejecución. Debemos actuar rápidamente.

—Bien—aprobó Ira-Sun—. Tu labor se reducirá a volver junto al Sátrapa y permanecer a su lado todo el tiempo. Yo haré lo mismo. Y, cuando llegue el momento de que Lars sea ajusticiado, daremos el golpe. Puedes regresar ya.

Zwen-Du contestó afirmativamente y se ausentó.

—Ahora disimula el arma en tu atuendo —dijo Ira a Lars—. Y no te preocupes de más. Voy a fingir que te has fugado de la prisión para que vuelvan a detenerte.

Lars fue a replicar, pero la princesa le atajó con un gesto. Ira hizo sonar un batintín y no hubo acabado de extinguirse sus metálicas resonancias cuando la puerta del aposento se abrió violentamente.

Penetraron tres «hombres rojos» que se detuvieron paralizados por la sorpresa al ver a Lars.

Ira-Sun hizo un ademán imperativo a la vez que dictaba órdenes en su idioma.

En un santiamén, Lars fue apresado y conducido nuevamente a su anterior celda.

Muy poco tiempo después, otros guardianes obligaron a Lars a salir. Con bruscos modales le llevaron a un recinto triangular repleto de extraños instrumentos y aparatos. En uno de los lados había un trono y aposentado en él se hallaba Kam-Vyzar. En los otros dos laterales podía verse un conglomerado de «uranos» de ambos sexos dispuestos seguramente a contemplar el espectáculo.

Lars buscó con la mirada a Ira-Sun y a Zwen-Du. Al no encontrarlos experimentó una deprimente sensación. El plan expuesto anteriormente por la princesa no le había satisfecho en absoluto, pues lo encontró inconsistente y burdo. Pero la rapidez con que fue puesto en práctica le impidió oponerse a él y trazar otro que revistiera mayores probabilidades de éxito.

En realidad, Lars no estaba preocupado por su suerte puesto que nunca se había hecho la ilusión de sobrevivir a la fantástica aventura; lo único que le desazonaba era el no poder saciar su sed de venganza hacia Kam-Vyzar.

Los aprehensores de Lars sujetaron a éste a una especie de sillón por medio de sólidas ligaduras. Luego se retiraron hacia donde estaba el reducido grupo de espectadores.

—Has sido condenado a muerte, Hombre de la Tierra— dictaminó Kam-Vyzar en inglés— Es mi voluntad que tu insolente intromisión en mis asuntos sea castigada en presencia de mis consejeros, jueces también en el delito que cometiste. El instrumento que la justicia ha elegido para tu muerte es el «transformador molecular». Tu ignorancia no te permitirá adivinar en qué consiste; sin embargo, te voy a dar una ocasión para que te percates de sus efectos. Otro hombre va a morir antes que tú; un traidor a quien sobornaste con tus diabólicas artes. Después de él irás tú.

Kam-Vyzar hizo una señal con el brazo extendido y una de las puertas del recinto triangular se abrió. Conducido por tres «uranos» fue llevado al centro del escenario un «hombre rojo» al que Lars reconoció inmediatamente. ¡Zwen-Du..!

Las escasas esperanzas de Lars se esfumaron al ver al desgraciado prisionero. De algún modo, Kam-Vyzar había descubierto su confabulación... y quizá también la de Ira-Sun.

Sereno y dueño de sí mismo, Zwen-Du se dispuso a ser ejecutado. Su mirada paseó indiferente por el rostro de Lars y con la misma inexpresividad se fijó en Kam-Vyzar.

De repente se hizo un silencio sepulcral. De uno de los ángulos superiores del recinto brotó un haz de luz verdosa que cayó de plano sobre Zwen-Du.

Al principio, Lars no observó ninguna reacción anormal en el reo. Continuaba erguido, con el rostro levantado y los brazos en posición de firme.

Transcurridos unos minutos fue cuando comenzó a operarse una extraordinaria transformación en el «urano». Como si brotaran esporas de su cuerpo, sus dimensiones fueron aumentando y perdiendo la forma primitiva. Pronto alcanzó unas proporciones que rebasaban en cuatro o cinco veces la suya natural. Incapaz de sostenerse, se dobló sobre las extremidades superiores adoptando la postura de una bestia de cuatro patas. Su cráneo, grotescamente desfigurado, se balanceaba de izquierda a derecha cual si estuviera olfateando una imaginaria presa

Horrorizado, Lars comprendió lo que significaba «transformación molecular». Era ni más ni menos que la evolución de un ser a otro por medio de un fluido atómico-regenerador. Algo había oído hablar Lars de extraños monstruos aparecidos en las regiones terrestres sometidas a experimentaciones atómicas; hasta entonces lo consideró como simples elucubraciones de algunos periodistas de mentes exaltadas. Pero ahora lo estaba comprobando con sus propios ojos. Zwen-Du no era ya un «hombre rojo»; había perdido toda semejanza humana para convertirse en una informe masa animal que seguía cambiando de aspecto, aumentando de tamaño, variando de color, revistiendo forma de bestia antidiluviana.

Lars cerró los ojos para aislarse del horror nauseabundo que se estaba desarrollando allí. Al abrirlos nuevamente, contempló cómo el rayo de luz había cambiado su tonalidad por una rosácea. Y vio también cómo pequeñas burbujas surgían de la piel de «aquello» que antes era Zwen-Du. Un olor ocre se extendió por el ambiente haciéndolo casi irrespirable. El monstruo se retorcía víctima sin duda de un atroz dolor. Sus ojos, enormemente agrandados, se posaron durante una fracción de segundo en Lars. Este se estremeció sintiendo náuseas. En aquellas pupilas infrahumanas parecía haber un desesperado llamamiento a la piedad, un anhelo de conmiseración.

Lars se removió en el asiento sin notar el dolor de las ligaduras. Al mirar a la rechoncha y sonriente figuro de Kam-Vyzar, sus labios dejaron escapar un horrible insulto.

El monstruoso ser que había sido Zwen-Du empezó a crepitar, a disolverse convertido en una humeante pasta. Su última transformación duró apenas un minuto. Sobre el espacio de suelo que ocupaba solo quedó una leve mancha rojiza.

La luz se extinguió quedando el recinto en la semipenumbra

anterior.

—Esa será tu suerte. Hombre de la Tierra —dijo Kam-Vyzar con voz ligeramente alterada por el regocijo—; es la suerte de los traidores. Tu mente seguirá funcionando mientras te desintegras; pensarás, sentirás las agonías del dolor, verás cómo tus miembros se desfiguran, acumularás el odio y los sufrimientos. Y cuando de ti nada quede, haré saber el suceso a todo el Universo para que el escarmiento haga más sabias a las Humanidades y acepten mi poder sobre las estrellas.

Lars fue liberado de las ataduras y llevado al lugar que ocupara Zwen-Du.

Con las facciones contraídas por la ira, Lars levantó un brazo para acallar el expectante rumor de los congregados.

—Escúchame un momento, Kam-Vyzar—dijo con el tranquilo acento del fatalismo—. Sólo dos palabras quiero decirte antes de morir.

—Habla, necio—contestó Kam-Vyzar con una risotada—. Me divierte escucharte porque con tu altivez proclamas mi invencibilidad. ¿No es en tu planeta donde ocurre que los cerdos chillan al ver al matarife?

—En mi planeta y en todos los demás reina un Dios, a cuya justicia no escapa nadie—contestó Lars con una helada sonrisa—. Y tú mismo no sabes si en este momento se dispone a descargarla sobre ti y tus ejércitos de asesinos. Puede incluso que no tengas tiempo de ordenar el funcionamiento del «transformador molecular»; puede que hasta no vuelvas a ver brillar el sol; puede que...

Kam-Vyzar hizo un imperceptible gesto y el haz de luz verdosa se centró en Lars. Este quiso salirse de su radio de acción pero los músculos no le obedecieron.

—¿Qué es lo que puede pasar, Hombre de la Tierra?—preguntó Kam-Vyzar mordazmente.

Sonó un estampido y, simultáneamente, crujió algo en el techo. La luz verdosa se extinguió a la misma vez, y Lars se sintió libre del extraño poder que le inmovilizaba.

—Puede ocurrir que no ocurra nada—dijo una voz proveniente de la puerta—. Y puede ocurrir también que mueras si mueves un solo dedo.

Lars se volvió con la rapidez de un rayo. De su garganta se escapó un estentóreo grito de júbilo y asombro al contemplar la inconfundible figura de Sergio Arias. Este empuñaba un corto rifle de achatado cañón con el que apuntaba al Sátrapa.

—¿Dónde está tu invencible poder. Kam-Vyzar?—preguntó el español con voz en la que rezumaba la ironía—. ¿Y dónde la diversión que anunciabas hace un momento?

No llegó la contestación porque, inesperadamente, el Sátrapa y su trono desaparecieron de la vista hundiéndose en las profundidades por medio de una trampa abierta por resorte.

Se produjo un movimiento de huida entre los congregados. De un salto, Lars se puso junto a Sergio Arias para defenderle de la formidable avalancha que se le venía encima.

—¡No sé de dónde has salido ni si eres un fantasma, pero me has salvado la vida!—exclamó Lars alborozado—. ¡Cuida de ese lado! ¡Yo tendré a raya a éstos...!

Haciendo uso del «paralizador neurónico», conservado milagrosamente en la reciente odisea, Lars contuvo a la primera embestida de «uranos», reduciéndoles a la completa inmovilidad. Arias disparó su arma una sola vez causando horribles estragos en un grupo compuesto de quince o veinte «hombres rojos».

El español tiró del brazo a Lars atrayéndole hacia afuera, al tiempo que cenaba la puerta de un violento empellón.

—¡Salgamos del palacio!—instóle frenético—. ¡Nos esperan los demás en una astronave!

—¿Están todos?—inquirió Lars a la vez que corría detrás del español por el desierto corredor que conducía al salón principal.

—Te lo explicaré luego—contestó Arias.

Al desembocar en la vasta sala vieron interrumpida la escapatoria por un súbito despliegue de la Guardia Real. Se detuvieron jadeantes.

—¡No dispares!—exclamó Lars al ver que Arias se disponía a hacerlo—. ¡Son demasiados contra nosotros!

—¡Dispararán ellos!—replicó Arias viendo cómo el cerco se estrechaba.

—¡No lo han hecho todavía! ¡Quieren cogemos vivos!

—¡Lo mismo da preso por uno que preso por mil!—insistió el español tratando de desasirse de Lars—. ¡Morir matando es lo mejor!

Arias se desprendió, por fin, de Lars y apuntó al «urano» más próximo.

—¡Alto!—gritó una voz femenina—. ¡No disparéis!

Y, a continuación, aquella voz habló excitada en la incomprensible lengua del planeta.

Estupefactos, Arias y Lars levantaron su vista hacia el regio trono. Allí estaba Ira-Sun ocupando el lugar del Sátrapa. Su discurso tenía inflexiones autoritarias y enérgicas. El medio centenar de «Uranos» que componían la Guardia Real se replegaron a ambos lados del trono en actitud de sumisión.

Ira-Sun, después de finalizar, descendió hasta donde se hallaban los dos terrestres. Sus rasgados ojos escrutaron con fijeza a Sergio Arias.

—¿ Eres amigo de Lars Clevely ?—le preguntó.

—¿Quién es?—inquirió el español dirigiéndose a Lars. Su asombro revestía una nota cómica.

—Ira-Sun, princesa de Urano—replicó Lars haciendo la presentación—. Este es Sergio Alias, amigo mío en efecto. ¿Qué ha sido de Kam-Vyzar?

—Ha huido a la ciudad de Kamvara. Si no lo evitamos, el Sistema Planetario será desintegrado por la explosión nuclear de Urano.

—Ahora te obedecen los súbditos de este planeta—contestó Lars—;¿por qué no ordenas que capturen a Kam-Vyzar?

—Cierto que la huida del Sátrapa me convierte en la máxima autoridad de Urano, pero los «cadáveres vivientes» obedecen únicamente a Kam-Vyzar. La ciudad de Kamvara está habitada exclusivamente por ellos y solo podremos vencerles anticipándonos a la llegada del fugitivo.

—¿De qué astronave me hablaste antes? —preguntó Lars a Arias.

—Vinimos en ella desde Oberón.

Ira-Sun miró a Lars.

—¿Luego, tú viniste de Oberón?—inquirió perpleja.

—Hablaremos de ello luego—decidió Lars—. ¿A qué velocidad se desplaza tu astronave, Arias?

—A veintiocho mil millas por hora como máximo.

—¿Y la de Kam-Vyzar?—se dirigió ahora a Ira-Sun.

—No es una astronave de combate—replicó la princesa—. Si el conocimiento que tengo de vuestras medidas es aproximado, calculo que podrá volar a unas doce mil millas.

—¡Menos de la mitad!—aprobó Lars rebosante de excitación—. ¡Podremos alcanzarle...! Pero, ¿cómo la reconoceremos?—disminuyó su entusiasmo al caer en aquel detalle.

—Os acompañaré—decidió Ira-Sun—. Ese será el primero de mis deberes para contigo, Lars, puesto que el destino nos ha unido para siempre.

Arias clavó su mirada en el rostro de Lars.

—¿Qué es lo que ha querido decir?—inquirió atónito.

Lars sonrió.

—¡No perdamos un segundo! ¡Vámonos ya!

El trío abandonó el palacio y, conducidos por el español, llegaron hasta una explanada próxima donde se hallaba una astronave semejante a la que Ragún facilitara a Lars para su regreso a Olieron. Una multitud de «uranos» la rodeaba con evidente curiosidad. Se apartaron respetuosamente al ver venir a Ira-Sun acompañada por los dos terrestres. .

Lars penetró como una tromba en el interior, exteriorizando su alegría al ver a sus compañeros, todos ellos desprovistos del yelmo climático.

Movida por un impulso incontenible, Jill se precipitó en sus brazos para besarle.

—¡No puedo creerlo, Lars!—su voz fue apenas un susurro—. ¡Solo he pensado en ti desde que te fuiste!

Al separar sus labios de la boca de Jill, Lars se encontró con la mirada helada de Ira-Sun.

Se apoderó de él la confusión.

—Te presento a Jill Galantiére—dijo—. Es la única mujer de nuestro grupo... Y, a propósito, ¿dónde está Hunt Bliven?

Lars se alarmó al observar la sombría expresión que se reflejó en todos los semblantes. Con la emoción de los primeros instantes olvidó la ausencia del segundo piloto.

—Bliven ha hecho posible que estemos aquí —contestó Brawsky al cabo de unos segundos—. Estrelló la astronave que pilotaba contra la Torre Control.

—¡Ha muerto!—Lars palideció ante la terrible noticia—. ¿Es... es eso lo que queréis decir?

Jill asintió. Sus pupilas brillaron húmedas por el recuerdo del heroico camarada.

La voz de Ira-Sun los devolvió a la cruda realidad.

—Moriremos todos si nos empeñamos en quedarnos aquí. Ya es difícil que podamos alcanzar a Kam-Vyzar.

CAPITULO X

Hunt Bliven y yo salimos bien librados de nuestras respectivas pruebas—explicó Jill mientras el español Arias trataba de imprimir a la astronave su máxima velocidad—. Cuando recibíamos la felicitación de Ragún y aguardábamos impacientes tu llegada de Urano, los vigías de Oberón captaron la noticia difundida a los cuatro vientos de que Kam-Vyzar había dado orden de destruir al satélite. Las naves enemigas se dirigían ya allí y no existía modo humano de impedirlo. Entonces, Ragún nos encomendó la misión de vengar la espantosa matanza. Nosotros nos negamos a partir hasta que no supiéramos de ti; solo accedimos cuando el ataque era inminente y pensando que tal vez nos reuniríamos contigo en Urano. Antes de emprender el vuelo fuimos sometidos a un tratamiento de «asimilación mental», por medio del cual adquirimos el necesario caudal de conocimientos interplanetarios y concernientes a Urano para poder cumplir la tarea asignada.

Así fue cómo supimos que la Torre Control emplazada en Kamizar abastecía al planeta de un fluido magnético que lo protegía de posibles incursiones extrañas. Era preciso, por tanto, inutilizarla previamente. Hunt Bliven solicitó tripular exclusivamente una astronave con el fin de encargarse de dicho trabajo. Ignorábamos lo que pretendía y él se negó a facilitar detalles, haciéndoselos saber, por el contrario, a Ragún. El Sátrapa se mostró conforme a sus deseos y le asignó otra astronave. Lo demás puedes imaginártelo.

—Hay algo que no veo muy claro—objetó Lars—. ¿Cómo pudo Bliven franquear la barrera magnética? Mi astronave fue inmovilizada cuando traté de llegar a Kamizar.

—Haciendo uso del idioma «urano»—respondió Jill—. Bliven efectuó, por medio de su emisor, una llamada de atención pidiendo que se le abriera el paso so pretexto de entrevistarse urgentemente con el Sátrapa Kam-Vyzar. Requerida su procedencia por los vigías de Urano, Bliven manifestó que era un emisario del planeta Júpiter. El ardid le dio el resultado apetecido. Una vez franqueada la barrera magnética, Bliven lanzó su astronave contra la Torre Control.

—¿Cómo sabéis que fue ése el ardid empleado por Bliven?—volvió a inquirir Lars.

—Permanecimos a la escucha durante el intercambio de los mensajes. Entretanto volábamos a doscientas millas de altura sobre Kamizar al objeto de no ser descubiertos. Cumplida la misión de Bliven, con la desesperación por nuestra parte que puedes suponer, nos sentimos más dispuestos que nunca a hacer pagar a Kam-Vyzar sus crímenes. Nuestra llegada a la ciudad de Kamizar estuvo revestida de un temor supersticioso en la conducta de los «Uranos», temor harto justificado teniendo en cuenta que lo realizado por Bliven sobrepasaba todo lo concebible por sus mentes. Nos miraban como si fuéramos dioses o algo por el estilo. De todos modos, tampoco nosotros las teníamos todas consigo. Arias abrió la portezuela y llamó al «urano» que se hallaba más próximo. Su estupefacción no tuvo límites al escuchar su propio idioma pronunciado por un ser tan extraño a sus ojos. Sin embargo, vino hasta nosotros. A las preguntas de Arias replicó que, en efecto, un hombre semejante a nosotros iba a ser ajusticiado en el Palacio Real. Nos describió la cámara de torturas e incluso indicó su emplazamiento exacto dentro del recinto. Ya no necesitábamos saber más; Brawsky poseía los datos suficientes para llevar a cabo la labor que le correspondía.

La mirada de Lars se cruzó con la del geólogo polaco y éste afirmó con la cabeza.

—Sí, amigo—dijo—. Ragún me sometió a una distinta «asimilación mental»; me concedió el privilegio único de enseñarme a manejar un «ataúd blanco»; ese que puedes ver ahí, al lado del asiento del piloto.

Lars se alzó instintivamente para contemplar el maravilloso «transmisor molecular». Le invadió una desagradable sensación al recordar la primera vez que vio un artefacto semejante. Por unos instantes revivió los trágicos momentos en que se encaró con un «cadáver-viviente» de Oberón. De aquella situación surgió la presente, reflexionó sombríamente.

—¿Y así fue como «transmitiste» a Arias al lugar de la ejecución?—preguntó. Las circunstancias habían impuesto ya el definitivo tuteo por parte de los miembros del grupo terrestre.

Brawsky asintió nuevamente.

—De esta manera fue como te salvó la vida.

Se impuso un largo silencio. La astronave se deslizaba rauda a dos mil yardas de altura sobre los oscuros e inhóspitos paisajes del planeta. La atmósfera artificial reflejaba pálidamente los efluvios luminosos del lejano sol. Allá abajo, en las profundas hendiduras de la corteza brillaban opacos los depósitos naturales de metano. Los gases que de ellos se desprendían formaban espesas nubes que, al contacto con desconocidos combinados químicos, se incendiaban produciendo amarillentos fulgores.

Aislada en un impenetrable mutismo, Ira-Sun parecía carecer de vida. Sus rasgados ojos, inmóviles y fijos en la lejanía, daban la sensación de prescindir de todo cuanto la rodeaba. Su cuerpo, de esculturales contornos, permanecía relajado, acomodado descuidadamente sobre el asiento emplazado detrás del de Arias. Nadie había sido capaz de adivinar lo que la joven princesa pensaba en aquellos momentos; nadie... excepto Lars Clevely.

Lars se situó al lado de ella.

—¿Te disgustan mis amigos?—le preguntó en voz baja.

Ira ignoró la pregunta. Únicamente un levísimo fulgor pasó por sus pupilas en el instante en que Lars la formulaba. Empero, sus pequeñas manos se removieron nerviosas sobre el regazo.

—¿Por qué dijiste que si Kam-Vyzar hacía estallar Urano el Sistema Planetario entero se desintegraría?—quiso saber Lars dejando a un lado la cuestión de sus compañeros.

La princesa desvió ligeramente el rostro para mirar a Lars. Su expresión era inescrutable.

—Creí que comprenderías el sentido figurado de la frase—contestó fríamente—. Lo que, en realidad, te di a entender es que Kam-Vyzar disparará sus proyectiles desintegradores contra los demás planetas un instante antes de reducir a polvo a Urano. Su maldita astucia le ha hecho prever que podría llegar este momento, y se ha preparado para él.

—¿Por qué huyó de Kamizar? ¿Acaso no confiaba en sus súbditos?

—Debió imaginar que una terrible conspiración se cernía sobre su persona. Si la traición de Zwen-Du le puso sobre aviso, la inesperada aparición de tu amigo en la cámara de tormentos hizo el resto.

—¿Y por qué precisamente ir a Kamvara?

—Es la ciudad de los «cadáveres vivientes» y al mismo tiempo la plataforma experimental de los proyectiles desintegradores. Si logra situarse en el laboratorio, fortaleza inexpugnable, nadie osará levantar un dedo contra él.

—Comprendo. Sería del género necio intentarlo sabiendo que una simple orden suya hará saltar el Universo.

La princesa volvió a mirar al frente como olvidándose de la cercana presencia de Lars. En el amplificador de imágenes se recortó borrosa una sombra gris moteada de puntos negros.

—Kamvara—dijo Arias, el famoso escritor inesperadamente convertido en piloto interplanetario—. En medidas terrestres la distancia que nos separa es de once mil millas. Media hora de vuelo aproximadamente. Y sin señales de Kam-Vyzar.

Jill se acercó a Ira-Sun.

—Según dijo Lars, usted es princesa de Urano. ¿Tanto odia a Kam-Vyzar que está dispuesta a ayudarnos?

—Me pregunto si vale la pena hacerlo—replicó entreabriendo los labios en un rictus de amarga ironía—. Tú amas a Lars, ¿no es cierto?

La joven terrestre enrojeció hasta la raíz del cabelló. Al encontrarse su mirada con la de Lars la apartó bruscamente.

—Es una pregunta improcedente—contestó un tanto airada—. ¿Importa para algo en este asunto?

—Importa mucho—dijo Ira-Sun sin asomo de embarazo—. Lars prometió casarse conmigo si se cumplían nuestros deseos de destronar al Sátrapa. Si no ha de cumplir su palabra prefiero saberlo ya.

Arias conectó el piloto automático y se volvió. En su atractivo rostro había una expresión risueña.

—¿No te gustaría casarte conmigo, princesa? —le preguntó con acento desenfadado—. Puedes creerme si te digo que me enamoré de ti desde que te vi sentada en el trono. Seríamos felices en la Tierra... o también podría yo quedarme aquí, contigo para siempre.

Ira-Sun miró al español con una mezcla de interés y perplejidad.

—Veo la burla en tus ojos—repuso tras un instante de vacilación—. No me fío de ti, español; los hombres de tu raza son propensos al engaño con las mujeres.

—Sufriré una gran desilusión si no me aceptas—contestó Arias sin inmutarse—. Y en cuanto a la veracidad de mi promesa, debes de saber que un español cumple siempre lo que dice. Para demostrártelo me quedaré en Urano quieras o no quieras casarte conmigo. Seré tu guerrero más fiel, cumpliré tus órdenes y sabré hacerme acreedor de tu cariño. Más no puedo ofrecerte, princesa.

Ira-Sun alzó su vista hacia Lars que asistía atónito a tal escena.

—¿Estás conforme con lo que dice tu amigo? —le preguntó—. ¿Supones que desempeñaría bien el puesto de Sátrapa de Urano?

—Creo que sí, Ira-Sun, pero imagino que...

Sonó un zumbido intermitente y simultáneamente se apagaron las luces de la astronave.

—¡La alarma!—exclamó Brawsky clavando su mirada en la pantalla visora—. ¿Quién puede habernos descubierto?

En la pantalla aparecieron infinidad de puntitos negros en formación triangular. Al manipular Ira-Sun los mandos del receptor, la imagen se amplió concentrándose la visión en sólo tres de aquellos corpúsculos.

—¡Astronaves de Kamvara!—informó excitada—. ¡Kam-Vyzar ha debido llegar a la ciudad poniendo en alerta a sus ejércitos! ¿Quién de vosotros se hace cargo del armamento de la astronave?

—Yo—contestó Brawsky con la resolución pintada en sus

facciones—. Les daré una buena lección de estrategia terrestre. ¡Ojalá que se pongan pronto a tiro!

—No me gusta la idea de enfrentarnos a un enemigo tan superior numéricamente—dijo Lars pensativo—. Hay que hacer algo más práctico. Podemos fingir una huida y dar un rodeo para entrar en la ciudad por otra parte.

—Me pesa decíroslo, pero la realidad es que hallándose Kam-Vyzar en Kamvara nuestras probabilidades de triunfar son mínimas, por no decir ninguna. Expresado en términos terrestres, todos los triunfos están en poder del Sátrapa.

La terminante aseveración de Ira-Sun dejó el ambiente tenso y angustioso. Después de tantos sinsabores y sacrificios, la perspectiva de un final tan negativamente prosaico, como lo era la derrota que se avecinaba, anulaba todos los anhelos de lucha. No valía la pena esforzarse en buscar la solución. Quizá la mejor de todas fuera resignarse a morir. Eliminado el peligro que Lars y los suyos representaba para Kam-Vyzar, la paz volvería a reinar en Urano. Más adelante, el Sátrapa extendería sus dominios a Marte, Venus y la Tierra, pero al menos, y ello era un consuelo, seguirían subsistiendo las civilizaciones. Preferible era ser una colonia de Urano y someterse a su tiranía que quedar reducido a polvo cósmico.

Lars se hizo estas reflexiones y luego las expuso a sus compañeros.

—¿Quieres decir que abandonemos la venganza y regresemos a la Tierra?—preguntó Brawsky alentando la vaga ilusión de haber acertado.

—Olvidáis que Hunt Bliven murió para salvar al Sistema Planetario del despotismo de Kam-Vyzar—intervino Arias—. Por lo que a mí respecta, llegaré al final pese a todo.

—Tienes razón—reconoció Lars un tanto avergonzado—. Lucharemos.

—¡Ya está!—exclamó Brawsky dándose una palmada en la frente—. ¡El «ataúd blanco»! Escúchame, princesa: ¿estuviste alguna vez en Kamvara?

Ira-Sun contestó afirmativamente.

—Conozco bien la ciudad.

—¿Y sabes el sitio exacto donde puede estar Kam-Vyzar?

—En su laboratorio experimental. Allí estudié las Ciencias Astronáuticas.

—Pues ya está todo resuelto. ¿Un voluntario para la «transmisión molecular»?

La inspiración del polaco hizo que la esperanza se reflejara en todos los rostros. Arias, Jill y Lars se miraron interrogativamente.

La princesa señaló la pantalla televisora.

—¡Daos prisa, el enemigo se halla a la vista! —exclamó excitada —. Casi nos encontramos dentro del radio de acción de sus armas.

—Yo iré—decidió Lars resueltamente—. ¡Pronto, Brawsky, encárgate del trabajo!

Jill le cogió del brazo. En su mirada había una especie de súplica.

—¡Por Dios, Lars, no nos separemos ahora! ¡La idea de Brawsky es una locura!

Sin hacerle caso, Brawsky tendió a Lars su «kerk».

—Procuraremos reunirnos contigo en Kamvara—le dijo—. ¿Preparado, Lars?

El joven asintió. Antes de pasar adelante para someterse a la «transmisión molecular» echó un rápido vistazo a la pantalla visora. Las tres astronaves enemigas veíanse ahora con escalofriante detalle. Y fuera del radio de visión quedaba la constancia de que eran muchas más las unidades que se aproximaban al encuentro.

Brawsky reclamó la ayuda de la princesa.

—¡Deme los datos de la situación de Kamvara y del laboratorio de Kam-Vyzar! Tú, Lars, estate atento a mis instrucciones. No te muevas... ¡Buena suerte, muchacho!

CAPITULO XI

No podemos seguir subiendo más—dijo Arias estabilizando el vuelo—. Somos cuatro y solo tenemos tres yelmos de oxígeno. Si rebasamos las trescientas millas, uno de nosotros perecerá por asfixia.

Brawsky echó una ojeada al exterior. Reinaban las tinieblas más impenetrables, a excepción de los brillantes astros y los puntos luminosos que, más abajo y a la izquierda, señalaban la posición de las astronaves enemigas.

—Sería cobarde huir y abandonar a Lars, pero ¿qué otra cosa cabe hacer?—preguntó inquieto el polaco.

—Volver a Kamizar a por refuerzos—contestó Ira-Sun—. Haré valer mi autoridad para conseguir una numerosa flota de combate.

Sin esperar a oír más, Sergio Arias hizo virar la astronave para tomar el rumbo contrario.

—Estamos jugando a los despropósitos—declaró malhumorado—. Todas las ideas se nos ocurren demasiado tarde.

—Aún es tiempo—contestó Ira-Sun. Y, tras un instante de vacilación, añadió—: Mejor dicho... ya no tenemos tiempo de nada. ¡Mirad allí!

Todas las miradas se dirigieron hacia el frente exterior señalado por la princesa. Y un escalofrío de horror estremeció a los cuatro tripulantes.

A izquierda y derecha, a diversas capas de altura y separados por inapreciables distancias veíanse las luces de posición de centenares, o quizá millares de astronaves. Todo lo que era cielo se hallaba cuajado de ellas. Parecía como si todas las constelaciones del Universo se hubieran agrupado en tomo de la astronave. Aquel avispero luminoso se iba estrechando más y más hasta formar un cinturón infranqueable.

—¿Y bien?—preguntó Brawsky escrutando a Ira-Sun con la esperanza de que ésta diera una solución.

Un chorno de luz roja descendió de las alturas rozando la astronave. El resplandor casi cegó a sus ocupantes y originó una enorme elevación de la temperatura.

—El primer disparo—explicó la princesa—. Contéstales,

Brawsky.

El polaco, pálido y nervioso, asintió. Sus dedos pulsaron el disparador de «luz desintegrante», a la vez que con la mano libre hacía girar en abanico el pequeño cañón del arma. Un rastro ígneo se extendió de este a oeste produciendo infinidad de impactos en las naves adversarias. Pero su éxito, lejos de producirle satisfacción alguna, le desalentó todavía más. Poicada astronave que se precipitaba en las profundidades surgían oleadas de ellas por todas partes.

—¡Dios mío!—susurró Jill—. ¡Parece una pesadilla!

La astronave acusó una leve conmoción y detuvo su vuelo. Después de conectar el «flotador magnético», Arias dejó su puesto y fue a reunirse con sus compañeros. Su expresión era, de todas, quizá la más serena.

—No podemos continuar—dijo—. Nos estrellaríamos contra las naves enemigas.

El espectáculo se había convertido en algo alucinante. Cual chispas desprendidas de una fragua, las lucecillas de las astronaves evolucionaban meteóricamente, reduciendo sus distancias y apelotonándose en tomo a su solitaria presa. A ojos de un observador neutral, la escena habría revestido visos exagerados. Kam-Vyzar no se contentaba con enviar una flota suficientemente numerosa para evitar una casi imposible huida, sino que multiplicaba las precauciones de modo tal que supervaloraba hasta el infinito las inteligencias terrestres. Era lo mismo que si para sitiar y hundir a un destructor se hubieran congregado todas las flotas aéreas del mundo.

El final no se hizo esperar. Un minuto antes, Brawsky había insinuado la conveniencia de poner en práctica la única fórmula escapatoria, utilizando el «transmisor molecular».

—Ustedes tres podrían salvarse—dijo esbozando una débil sonrisa—. ¿No les gustaría ir a la Tierra?

—¿Y tú?—Arias meneó negativamente la cabeza.

—Yo me las arreglaría solo. Más vale salvarse tres que ninguno.

—No hay ni que pensarlo—intervino Jill valerosamente—. Si juntos comenzamos la aventura, juntos debemos acabarla. Ira-Sun es distinto...

—Yo también me quedo—la mirada de la princesa se posó en Sergio Arias—. No podría abandonarte, español. Mi felicidad será morir contigo.

Se le hizo a Arias un nudo en la garganta. Aquella generosidad de sentimientos por parte de una mujer a la que apenas conocía y a la que se prometió por liberar a Lars de su compromiso, rayaba en los límites de lo irreal.

Emocionado, puso sus manos sobre los hombros de ella. Y en

aquel instante pareció brotar de ambas miradas un hálito de pasión.

—¡Eres maravillosa, Ira!—la voz del español contenía el inconfundible acento de la sinceridad—. Ocurra lo que ocurra, siempre te amaré con todas mis fuerzas.

La princesa sonrió y le ofreció la dulce caricia de sus labios.

Un resplandor centelleante rasgó la oscuridad e inundó el interior de la astronave. Crujieron las armaduras del fuselaje y el techo comenzó a desplomarse. El silbido del aire al penetrar por las hendiduras se asemejó al aullido de una bestia apocalíptica.

Destrozados los mandos de la astronave por el impacto adversario, ésta se precipitó en un vertiginoso descenso. Al penetrar nuevamente en la atmósfera artificial del planeta, la luz del sol hizo que cambiara el matiz de la escena. Las tinieblas desaparecieron, cesó el revoloteo agobiante de las mortales luciérnagas, y una claridad apacible envolvió a la nave herida.

Pugnando desesperadamente por salir de entre las astillas y fragmentos retorcidos del fuselaje. Brawsky miró horrorizado el cuadro que le rodeaba. Arias, Jill y la princesa yacían ensangrentados y sin que el menor movimiento denotara en ellos un vestigio de vida. Una espesa humareda negra, producto de las llamas que envolvían a la astronave, se iba esparciendo por todos los compartimentos y sus girones eran lanzados de aquí para allá por el cortante aire que penetraba por las rendijas.

Brawsky logró desasirse del humeante amasijo y, arrastrándose penosamente, dejando un reguero de sangre tras de sí, se situó junto al «ataúd blanco». Apenas le quedaron fuerzas para conseguir abrirlo.

Abajo, inminente ya el choque, un inmenso mar de metano se extendía a lo largo y ancho del horizonte. Las brumas que lo cubrían relampagueaban siguiendo el curso de las eternas tempestades. De entre ellas surgió una enorme bandada de extraños pájaros que huían asustados por aquella mole flamígera que surcaba el espacio.

En las alturas, las escuadrillas de astronaves, victoriosas en la misión que les encomendara Kam-Vyzar, reunían sus formaciones para regresar a dar la buena nueva. A bordo de ellas, las cuencas luminosas que constituían los ojos de los «cadáveres vivientes» acentuaron levemente su fulgor cuando en las respectivas pantallas televisoras apareció la escena final del combate: una astronave envuelta en llamas hundiéndose en el mar de metano.

CAPITULO XII

—¡Habla pronto, Luang! ¿Qué noticias traes de Kamizar? Leo en tu rostro que han ocurrido cosas graves. ¿Alguna insurrección?

Luang-Tu miró temeroso al Sátrapa. De haber sido un terrestre hubiera empleado la diplomacia para relatar los hechos acontecidos en la Ciudad Motriz; pero era un «urano» y los términos ambiguos no existían en su lenguaje. Así, pues, se limitó a decir:

—Tu cobarde huida ha colmado de indignación a los miembros del Consejo y a la ciudad entera. Se sabe también que ordenaste asesinar a Ira-Sun. No podrás volver jamás a Kamizar, si no es que quieres ser muerto.

—¡Malditos terrestres!—barbotó Kam-Vyzar fuera de sí—. ¡Ellos han traído la maldición a mi planeta! ¡De modo que mis súbditos quieren la guerra! ¡Por las Cien Constelaciones que la tendrán! ¿Cuántos enlaces siguen siendo adictos?

—Ninguno, Kam-Vyzar. Todos desean la paz y de ahora en adelante venerarán a los terrestres puesto que ellos acabaron con tu régimen de tiranía.

Centellearon las pupilas de Kam-Vyzar.

—¿Tú también estás con ellos?—inquirió amenazador.

El enlace «urano» no se inmutó.

—Después de morir Ira-Sun siento que te odio. Hemos estado ciegos hasta ahora, Kam-Vyzar. Nos engañaste haciéndonos creer que la Tierra, Venus y Marte eran mundos inferiores, nos dijiste que no eran dignos de vivir por su cuenta y que sus bárbaros imperios hacían peligrar nuestra soberanía. Todo es falso. Yo escuché a Lars Clevely cuando te ofreció la amistad de la Tierra, cuando te hizo ver que no debías destruir Oberón y Mercurio. Lo mismo que yo lo oyeron muchos. En nombre de todos te digo que deseamos tu muerte.

Las rojas facciones del Sátrapa palidecieron por la ira. Su satánica cólera le hizo maldecir el hecho consumado de que los terrestres hubieran muerto. Ahora habría querido tenerlos delante de sí, martirizarlos físicamente, hacerles renunciar a sus pensamientos y presentarlos a su pueblo como traidores confesos del más terrible de los delitos. Aquella hubiera sido la única forma de que su reputación quedase incólume, de que sus súbditos volvieran a sentir el odio,

inculcado a través de muchas Evoluciones, hacia la Tierra y sus moradores. Pero Lars y los suyos estaban muertos, y sus cadáveres yacían en las profundidades de un mar de metano y amoníaco. Todo estaba perdido; el respeto a su máxima jerarquía, sus propias ambiciones e incluso la vida.

Todo estaba perdido... o quizá le quedaba una probabilidad: el empleo de su ejército de «cadáveres vivientes». Una desigual lucha, desde luego, pero era preferible al acatamiento pasivo de la derrota.

Su repulsiva mirada se volvió a posar en Luang-Tu.

—¿Te ordenaron que me matases?—le preguntó.

—No, Kam-Vyzar. Las flotas aéreas de Thas-Driv se dirigen hacia aquí para consumar la justicia que exige el planeta. Thas-Driv ha decretado la extinción de los «cadáveres vivientes». También me ha encargado que te haga una proposición para que salves la vida.

El cuerpo del Sátrapa se envaró al oír esto.

—¿Qué clase de proposición me transmite Thas-Driv?—inquirió con voz ronca.

—Te deportará a Tagres si te entregas a él. Cumplirás un destierro de solo veinte Evoluciones.

—¿Y a cambio de qué?

—De que respetes la integridad del Sistema Planetario.

—Eso significa que temen que emplee el Poder Aniquilador—Kam-Vyzar compuso una siniestra sonrisa—. Bien; pues contesta que no destruiré el planeta a cambio de que me devuelvan mi reinado. Le concedo a Thas-Driv esa magnífica oportunidad.

—Thas-Driv me encarga también que te diga que no aceptará ninguna modificación en la propuesta. Para que él cumpla lo prometido debo llevarte hasta su astronave que en estos momentos se dirige hacia aquí.

Kam-Vyzar se puso en pie lentamente. Su metálico calzado despertó al caminar repetidos ecos entre las amplias paredes del gigantesco laboratorio. Al llegar junto a Luang-Tu se detuvo.

—Mira lo que voy a hacer—dijo señalando la inmensa hilera de controles situada en el extremo opuesto de la sala—. Mi contestación es aceptar la guerra que Thas-Driv me ofrece. Si me derrota haré descender aquella palanca y el planeta quedará reducido a polvo cósmico. Automáticamente serán destruidos todos los mundos del Sistema Planetario.

—Daré tu contestación a Thas-Driv—el «Urano» se dispuso a abandonar el laboratorio.

La voz del Sátrapa se lo impidió.

—Será tu espíritu quien dé la contestación. Tu cuerpo es traidor y recibirá el castigo merecido.

Luang no dio muestras de temor ni extrañeza. Esperaba aquel

veredicto, y con el fatalismo inherente a su raza se dispuso a ser ejecutado.

Kam-Vyzar esgrimió su pistola de rayos neurónicos y disparó repetidas veces contra el indefenso «urano». Este cayó sin vida a sus pies.

A continuación, el Sátrapa dejó el arma sobre su tablero de mediciones celestes y se dirigió hacia el extremo donde se alineaban los mandos del control remoto. Tampoco sentía temor pollo que iba a significar su acción; era aquella una sensación desconocida en los «uranos» de mente superior. Únicamente experimentaba Kam-Vyzar el odio y la cólera en todas sus manifestaciones, pasiones que se desatarían cuando sus manos se pusiesen en movimiento para transmitir la destrucción al Universo.

De pronto, un levísimo rumor alteró el silencio del laboratorio. Sonó como la pisada de un felino, como un suspiro ahogado en su principio.

Kam-Vyzar se giró intrigado. Lo había oído a sus espaldas, pero bastante lejos, allí donde la luz casi no alcanzaba a recortar los objetos.

Su sentido común le dijo que no era posible que alguien hubiera penetrado en el laboratorio. Cuando él entró los detectores no señalaban presencia alguna de vida.

El sonido volvió a repetirse, esta vez con mayor intensidad. El Sátrapa aguzó la vista en la dirección donde supuso habíase originado. Sin pensarlo más oprimió los distintos pulsadores que transmitían la orden de despegue y combate a sus flotas tripuladas por «cadáveres vivientes». Después echó a andar lentamente hacia el extremo oscuro del laboratorio.

Algo vio que le hizo detenerse con el ánimo en suspenso. Una vaga sombra parecía moverse allí donde sus ojos miraban.

—¿Quién eres?—preguntó vacilante, inseguro de si estaba siendo víctima de una alucinación.

La sombra avanzó silenciosa hasta quedar encuadrada en el rectángulo luminoso dé la estancia. Era un hombre y su traje centelleaba con destellos metálicos. En su mano derecha refulgía también un pequeño artefacto parecido al revólver neurónico.

A Kam-Vyzar se le erizó el cabello al reconocerlo. Ahora sabía cuál era aquella sensación que los terrestres denominaban «miedo». Lo estaba experimentando con angustiosa intensidad. Sus miembros se negaban a obedecer los impulsos de la mente, el corazón pareció dejar de latirle, y una especie de humedad fría comenzó a cubrirle el cuerpo.

—¡El Hombre de la Tierra!—exclamó como en un susurro—. ¡Lars Clevely!

—Volvemos a encontramos, Kam-Vyzar—dijo Lars con voz reposada y desprovista de matices—. ¿Recuerdas que una vez te reté después que te hube ofrecido la paz de la Tierra? ¿Y recuerdas que, sin mediar provocación por mi parte, me condenaste a muerte para escarmiento de las Humanidades?

Kam-Vyzar dio media vuelta y echó a correr hacia los controles. Poseído de una furia irrefrenable, su cuerpo obeso y fofo parecía haber cobrado alas. Lars oprimió el disparador de su arma pero su propio nervosismo le hizo errar el tiro. Kam-Vyzar estaba casi a punto de alcanzar la fatídica palanca que haría saltar a Urano en pedazos. El joven terrestre sabía perfectamente las consecuencias que se derivarían de aquella desesperada acción ya que al recobrar el conocimiento, después de su «transmisión molecular», pudo escuchar el anuncio que Kam-Vyzar hizo a Luang-Tu.

La salvación del Sistema Planetario dependía de lo que sucediese en unas fracciones de segundo. Podía intentar nuevamente el disparo, pero Lars temió que los efectos del mortífero rayo obrasen también sobre la palanca destructora.

Reuniendo todas sus fuerzas en un inconcebible salto fue a parar detrás mismo del Sátrapa. Sus manos se asieron como tenazas a ambos tobillos de Kam-Vyzar haciéndole caer sobre la hilera de controles.

Lars cerró instintivamente los ojos aguardando el estallido final. Su pasividad duró apenas un instante. Como impulsado por un resorte se incorporó trasladando la presa de sus manos a la garganta de Kam-Vyzar. En un desesperado esfuerzo tiró de él hacia atrás apartándole de los controles. La lucha se convirtió en un encarnizado forcejeo acompañado de exclamaciones y gritos de dolor. Kam-Vyzar, aunque no tan reciamente constituido como Lars, compensaba sus violentos embates con un ansia aniquiladora jamás concentrada en un duelo entre hombre y hombre. Su rostro se iba poniendo amoratado conforme aumentaba la presión de los dedos de Lars. Sus rodillas subían y bajaban buscando el punto vulnerable del adversario, y sus manos tanteaban el aire frenéticamente como garras que no encuentran su presa.

De pronto, Lars se vio sorprendido por un doloroso rodillazo en el estómago que le obligó a doblarse sobre sí mismo soltando el cuello de Kam-Vyzar. A aquel fatal contratiempo le siguió un formidable golpe de antebrazo en la nuca que lo dejó casi sin sentido. Con la cabeza dándole vueltas y la visión turbia se tambaleó durante unos instantes. Jadeante y dolorido, Kam-Vyzar le contemplaba a corta distancia esperando verle caer. Sin duda, su cerebro tampoco funcionaba con la habitual presteza, pues, permanecía como indeciso, incapaz de coordinar sus ideas.

Duró poco la vacilación del Sátrapa. Sin volverse, consciente del lugar exacto donde se hallaba, extendió el brazo hacia atrás y su mano asió la fatídica palanca.

—Te vencí en la lucha que querías, Hombre de la Tierra—dijo rebosante de maligna satisfacción—. Me desafiaste a un combate cuerpo a cuerpo. ¿Recuerda eso también tu maldita memoria?

En aquel momento, la mente de Lars resolvió el problema más complicado que jamás se le presentara. Si se precipitaba contra Kam-Vyzar, aun en el supuesto de que le alcanzara a tiempo, su acción no podría evitar que la mano del Sátrapa descendiese lo justo para provocar la catástrofe. Si aguardaba pasivo, todavía era peor. Sólo se le ofrecía una alternativa que no pudiera calificarse de absurda.

Y a ella se entregó con cuerpo y alma, poniendo en su impulso hasta la última fracción de sus fuerzas.

Saltando como un muelle y retorciéndose en el aire en una escalofriante pirueta lanzó su pie izquierdo contra la axila de Kam-Vyzar en sentido de abajo a arriba. El tremendo impacto, inverosímilmente certero, desprendió la mano de la palanca sin que ésta se desviara un milímetro.

Lo demás sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Apenas tocó el suelo, Lars se incorporó y, sin dar tiempo al Sátrapa para que reaccionara de su estupor, le machacó la cara con un puño. El crujido de los huesos evidenció por sí solo que Kam-Vyzar no necesitaba de nada más para rendir cuentas al Sumo Hacedor.

Desfallecido e incapaz de pensar en otra cosa, Lars se dejó caer en el suelo, extendido cuan largo era.

Nunca supo cuánto tiempo transcurrió hasta que la puerta del laboratorio se abrió para dejar paso a un tropel de «hombres rojos» capitaneados por un «urano» de azules vestiduras y atlética complexión.

Lars se levantó a duras penas. La sorpresa de los recién llegados no tuvo límite al verle.

—¡Tú eres Lars!—exclamó el que iba al frente de ellos. Hablaba el inglés tan perfectamente como Zwen-Du—. ¿Qué haces aquí, cómo viniste?

Lars señaló el cuerpo inerte de Kam-Vyzar.

—Creo... creo que he hecho justicia—dijo sin saber realmente si aquellos «uranos» eran adictos o no al Sátrapa—. Tuve que hacerlo para impedir que desintegrara los mundos conocidos.

—Mi nombre es Thas-Driv—se presentó aquél. En su rostro se leía la admiración que Lars le despertaba—. Estudié el curso de los planetas y conozco algo de vuestras costumbres terrestres. Tengo entendido que se da la mano a los vencedores. ¿Es así, amigo?

En los labios de Lars se dibujó una leve sonrisa.

—En efecto, Thas-Driv—contestó alargándole la diestra—. Vuestra amistad será para mí el recuerdo más grato que conservaré en mi vida.

—Nosotros también vencimos a las flotas aéreas de Kam-Vyzar —declaró Thas-Driv—.

Tras una cruenta batalla aniquilamos a todas las tripulaciones de «cadáveres vivientes». En Urano ya no existe un solo enemigo de la Tierra. Y todo te lo debemos a ti, Lars; a ti y a tus amigos.

La expresión de Lars se ensombreció.

—¿Sabes algo de ellos?—inquirió—. Los abandoné cuando su astronave estaba sitiada por las de Kam-Vyzar.

—Derribaron la astronave—contestó Thas-Driv—. Murieron todos... y también nuestra princesa Ira-Sun.

EPILOGO

En una desierta playa del Mar Negro, Lars Clevely vio alejarse en la oscuridad del cielo un pequeño punto luminoso que pronto se confundió con el titilar de las estrellas. Aquel punto luminoso era la astronave guerrera de Ragún, Sátrapa del desaparecido satélite Oberón. La tripulaba Thas-Driv, el caudillo victorioso en el combate de los «cadáveres vivientes». Fue deseo expreso de él acompañarle en su viaje de regreso a la Tierra; un viaje que se llevó a cabo dentro de un sigilo riguroso. Era voluntad de Lars que nadie supiese de aquella increíble odisea. Entre otras cosas, porque nadie daría crédito al relato y porque no deseaba acrecentar el dolor de su espíritu contribuyendo a la divulgación de los trágicos destinos de Jill Galantiére y sus demás compañeros.

Vestido con una burda imitación de los tejidos terrestres, Lars Clevely llegó hasta una ciudad. Luego venció las inevitables contrariedades acarreadas por la falta de documentación y dinero, y, por fin, un día supo de la alegría de encontrarse otra vez en Londres. El día era exactamente el 4 de junio, o sea que habían transcurrido un mes y una semana desde que comenzara la aventura.

Ante la extrañeza de su patrona al verle entrar, cuando ya todo el mundo aceptaba su definitiva desaparición, Lars se mostró lacónico y reservado. Cambióse de traje, almorzó frugalmente y fue a buscar a S. Owerman, director del Programa Astronáutico para el lanzamiento de un cohete tripulado a la Luna.

El saludo de Owerman fue un grito de auténtica sorpresa. Y el intercambio de frases que le siguió, un verdadero galimatías que hubiera hecho dudar a un observador del sano juicio de los dos hombres.

— ¿Y cómo voy a saber quiénes fueron los que me raptaron?— dijo Lars defendiendo la falsa exposición de los hechos que acababa de hacer—. Solo sé que me llevaron de aquí para allá sin que yo pudiera hacerme la menor idea acerca de los lugares en que me retuvieron. Lo que importa, y esto salta a la vista, es que alguien había muy interesado en que el viaje a la Luna no se realizara.

—Pues no se salió con la suya ese fantástico personaje, porque la «Space» fue y regresó felizmente de su viaje—interpuso Owerman.

—Siento que nos arrebataran la gloria. Y a propósito, he oído decir que también raptaron a los demás. ¿Es cierto eso?—a Lars le hizo daño tener que representar su papel hasta aquel extremo.

Owerman asintió rascándose la oreja.

—Sí, es verdad—dijo—. Y el caso es que dos de ellos aparecieron en las más extrañas circunstancias. Heridos, casi desangrados, vistiendo ropas rarísimas y en compañía de una mujer más rara todavía. Pero... ¿qué le pasa, Clevely? ¿Se siente usted mal?

Lars tuvo que apoyarse en la mesa para no perder el equilibrio e irse al suelo.

— ¿Quiere repetir eso otra vez?—su voz era apenas un murmullo casi ininteligible.

La mirada de Owerman escudriñó el rostro de su interlocutor con una expresión que daba a entender la desconfianza.

Palabra por palabra repitió lo que dijera anteriormente.

— ¿Y están todos aquí, en Londres?—preguntó Lars poniéndose en pie impulsivamente.

—Naturalmente… ¿Dónde quería usted que estuvieran?

Lars recogió el sombrero.

— ¡Nos veremos otro día, Owerman!—se despidió—. Y si me ha mentido, juro que le descuartizaré vivo.

* * *

— ¿No parece un milagro, Jill?—Lars la tenía cogida de las manos y para su mirada no había otro punto de contemplación que aquellas doradas pupilas refulgentes cual lagos de oro.

—Lo es—concedió la joven—. En realidad todavía me cuesta acostumbrarme a la idea de que aquello no fue una horrible pesadilla. De no ser por Ira-Sun creo que dudaría de mí misma.

—Es curioso que todos hayamos coincidido en guardar el secreto. ¿A quién de vosotros se le ocurrió que era lo mejor?

—A todos—contestó Jill—. El problema más difícil de resolver era el de Ira-Sun. Pero ella también estaba de acuerdo con nosotros y contestó a las preguntas de la policía con arreglo al plan que le trazamos. Ira vivía en el Cáucaso, sus padres eran angloafricanos, fue raptada igual que nosotros, obligada a vestirse aquellas estrambóticas prendas, y herida en un estado de inconsciencia por lo que no recuerda nada más. Si vieras lo admirablemente que fingió su papel. Toda la policía del mundo anda revuelta con lo que llaman «el caso del siglo».

— ¿Se ha aclimatado bien Ira-Sun al clima y las costumbres terrestres?

Jill sonrió.

—Es la mujer más feliz del mundo—contestó—. Adora a Arias y Arias la adora a ella. No tardarán mucho en casarse...

Lars acercó su silla a la de Jill. A aquella hora había escasa gente en el «Ambassy», de modo que no existía el menor peligro de que se turbara la intimidad de ambos jóvenes.

—Yo también te adoro, Jill—dijo él—. ¿Sería mucho pedirte que te casaras conmigo?

— ¡Tonto!—le recriminó Jill esbozando un delicioso mohín de coquetería—. ¿Crees que si no fuera así permitiría que mis manos estuvieran entre las tuyas desde hace media hora?

Lars la besó. Cuando los rostros se separaron, dos lágrimas resbalaron por las mejillas de la hermosa joven.

—Yo también me acuerdo de Brawsky y de Hunt Bliven—dijo Lars comprendiendo el motivo que la entristecía—. Gracias a ellos estamos aquí... y somos felices. Ellos también lo serán cuando nos vean desde arriba.

— ¡Qué hombre tan admirable fue Brawsky! —Jill se secó las lágrimas con un pañuelo—. Sus últimas fuerzas fueron para enviarnos aquí.

—Y resulta una ironía que fuera un ataúd lo que nos devolviera la vida. ¡Un ataúd blanco de Oberón!

F I N

ÍNDICE

ROBERTO ALCAZA
Y
PEDRIN

LAS AVENTURAS DE UN DETECTIVE
ESPAÑOL Y SU AYUDANTE

son conocidas por todos los buenos catador
de aventuras gráficas.

SI USTED... no las conoce
Y GUSTA DE ESTE TIPO DE PUBLICACIO
SE LAS RECOMENDAMOS

si no gusta de esta clase de aventuras
con ilustraciones

RECOMIENDELA

al chico que desee
pues se trata de la colección más

EMOCIONANTE Y SINGULAR DE CUANTA
SE PUBLICAN EN ESTE GENERO

Creada por

EDITORIAL VALENCIANA

COLECCION
LUCHADORES DEL ESPACIO

ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

50.—**Avanzadilla a la Tierra**, *Larry Winters.*
51.—**Amor y muerte en el Sol**, *Mike Gradson*
52.—**Fymo, nuevo Mundo**, *Joe Bennett.*
53.—**Tierra de enigmas**, *Joe Bennett.*
54.—**Asteroide maldito**, *Joe Bennett.*
55.—**Operación cefeida**, *Profesor Hasley*
56.—**El Atom S-2**, *George H. White.*
57.—**El coloso en rebeldía**, *George H. White*
58.—**La bestia capitula**, *George H. White.*
59.—**El Enigma Cósmico**, *Profesor Hasley.*
60.—**Extraño Visitante**, *George H. White.*
61.—**Más allá del Sol**, *George H. White.*
62.—**Los hombres de Alfa**, *Profesor Hasley.*
63.—**Entropía**, *Profesor Hasley.*
64.—**Marte, el enigmático**, *George H. White.*
65.—**¡Atención... Platillos volantes!**, *G. H. White.*
66.—**Raza diabólica**, *George H. White.*
67.—**Un astro en el camino**, *C. Aubrey Rice.*
68.—**Intruso sideral**, *Profesor Hasley.*
69.—**Llegó de lejos**, *George H. White*
70—**Cuando el monstruo ríe**, *Alf. Regaldie.*
71.—**Heredó un mundo**, *George H. White.*
72.—**Desterrados en Venus**, *George H White.*
73.—**La legión del Espacio**, *George H. White.*
74.—**Bolas Blancas de Yereblu**, *C. Aubrey Rice.*
75.—**La Ciudad Submarina**, *Red Arthur.*
76.—**Pánico en los espacios Siderales**, *Karel Sterling*
77.—**El mundo sumergido**, *Profesor Hasley.*
78.—**Base Sakchent núm. 1**, *Profesor Hasley*
79.—**Sosias infernales**, *Karel Sterling.*
80.—**Gan-X**, *C. Aubrey Rice.*
81.—**«Ellos» están aquí**, *George H. White.*
82.—**El enigma de C. O. E.**, *Profesor Hasley.*
83.—**La gran amenaza**, *Profesor Hasley.*
84.—**Los mares vivientes de Venus**, *Karel Sterling*
85.—**¡Piedad para la Tierra!**, *George H. White.*
86.—**Despertar en la tierra**, *Larry Winters.*
87.—**El mundo perdido**, *Larry Winters.*
88.—**La sinfonía cósmica**, *Profesor Hasley.*
89.—**El hombre de ayer**, *Profesor Hasley.*
90.—**Lance King: Pionero del tiempo**, *Karel Sterling.*
91.—**La muerte flota en el vacío**, *C. Aubrey Rice.*
92.—**Cuarta dimensión**, *Profesor Hasley.*
93.—**¡¡Luz sólida!!**, *George H. White.*
94.—**Hombres de Titanio**, *George H. White.*

95.—¡Ha muerto el sol!, *George H. White.*
96.—Exilados de la Tierra, *George H. White.*
97.—El imperio milenario, *George H. White.*
98.—Topo-K, *Profesor Hasley.*
99.—El fin de la «Base Titán», *Profesor Hasley.*
100.—Pasaron de la Luna, *C. Aubrey Rice.*
101.—La amenaza tenebrosa, *J. Negri O'hara.*
102.—El gran fin, *J. Negri O'hara.*
103.—Intriga en el año 2.000, *Profesor Hasley.*
104.—El extraño Profesor Addington, *Prof. Hasley*
105.—Sin noticias de Urano, *C. Aubrey Rice.*
106.—Acción inaudita *C. Aubrey Rice.*
107.—El horror invisible, *Karel Sterling.*
108.—Más allá de Plutón, *Profesor Hasley.*
109.—La revancha de Zamok. *Profesor Hasley.*
110.—Situación desesperada, *C. Aubrey Rice.*
111.—El experimento del Lr. Kellman, *J. Negri O' hara.*
112.—Los habitantes del astro sintético, *Eduardo Teixeira.*
113.—Los muertos atacan, *Profesor Hasley.*
114.—La última batalla, *Prof. Hasley.*
115.—1958: Objetivo Luna, *Karel Sterling.*
116.—La amenaza de Andrómeda, *Robin Carol.*
117.—El silencio de Helión, *Robin Carol.*
118.—Ventana al infinito, *J. Negri O'hara*
119.—El Planeta errante, *Karel Sterling.*
120.—Regreso a la patria, *George H. White.*
121.—Lucha a muerte, *George H. White.*
122.—«Cautivos del Espacio», *Joe Bennett.*
123.—Vacío siniestro, *Joe Bennett.*
124.—Detrás del Universo, *Karel Sterling.*
125.—¡Karima!, *Prof. Hasley.*
126.—El bosque petrificado, *Prof. Hasley.*
127.—Energía «Z», *Prof. Hasley.*
128.—Fantasmas siderales, *Karel Sterling.*
129.—El túnel trasatlántico, *Prof. Hasley.*
130.—El mundo subterráneo, *Prof. Hasley.*
131.—Entre Marte y Júpiter, *Joe Bennet.*
132.—Separación Asteroidal, *Joe Bennet.*
133.—Náufragos del Universo, *Joe Bennet.*
134.—La isla de otro mundo, *Eduardo Texeira.*
135.—El tiempo desintegrado, *Karel Sterling.*
136.—El conquistador del mundo, *Prof. Hasley.*
137.—El ejército sin alma, *Prof. Hasley.*
138.—Mensajes de muerte, *Karel Sterling.*
139.—Motín robótico, *Joe Bennett.*
140.—Cita en la Luna, *Van S. Smith.*
141.—Misterio en la Antártida, *Larry Winters.*
142.—Cosmoville, *Joe Bennett.*

Miss Perla Haynes, acababa de escribir una novela de tipo fantástico que, llevada al cine, le había proporcionado fama y dinero. Joven, guapa y adulada por sus muchos admiradores, miss Haynes sentíase lógicamente envanecida de sí misma... De manera que se enojó mucho cuando un rubio y desconocido extranjero fue a criticarle en su cara las muchas incorrecciones y absurdos de su novela sobre los marcianos.

Miss Haynes lo echó de su habitación con cajas destempladas. Al fin y al cabo ¿qué sabía aquel sujeto, ni sabía nadie acerca de los marcianos? La respuesta había de producirse dramáticamente aquella noche cuando, surgiendo del misterioso seno del océano, un extraño aparato abordó al yate donde se encontraba miss Haynes con otros amigos.

¿Quiénes son ustedes?, preguntó la mujer a los desconocidos que acaban de irrumpir en la cámara.

Y ellos contestaron:

NOSOTROS, LOS MARCIANOS

Con este mismo título, ha escrito Van S. Smith su emocionante novela en donde, por primera vez, el marciano es la primera persona y relata «bajo su punto de vista», la impresión que le hemos merecido los terrestres.

No lo olvide, lector...

NOSOTROS, LOS MARCIANOS

es el título de esta extraordinaria novela que, escrita por

VAN S. SMITH

próximamente publicará la colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA.

Precio: 6 pesetas.

Notes

[←1]

Medida de Oberón equivalente a cien millas por hora.